

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 36

CRISTO EN LA CRUZ

*“Llevó él mismo
nuestros pecados en
su cuerpo sobre el madero”.*

1 Pedro 2:24

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

36

Cristo en la cruz

Contenido

El significado de la cruz de Cristo	3
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
La crucifixión de Jesucristo	7
<i>F. W. Krummacher (1796-1868)</i>	
La gloria de la cruz	14
<i>Solomon Duytsch (1734-1794)</i>	
La pasión de Cristo	27
<i>Thomas Adams (1583-1653)</i>	
Nuestro Sustituto sufriente	44
<i>C. H. Spurgeon (1834-1892)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2021 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

EL SIGNIFICADO DE LA CRUZ DE CRISTO

J. C. Ryle (1816-1900)

LA CRUZ es una expresión usada en más de un sentido en la Biblia. ¿Qué quiso decir san Pablo cuando escribió: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” en la Epístola a los Gálatas? Éste es el punto que quiero examinar de cerca y dejar en claro ahora.

La cruz significa, a veces, la cruz de madera en la cual el Señor Jesucristo fue clavado y ejecutado en el Monte Calvario. Esto es lo que san Pablo tenía en mente cuando le dijo a los filipenses que Cristo “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Ésta no es la cruz en la que se gloriaba san Pablo. Se hubiera horrorizado ante la idea de gloriarse en un simple tronco de madera. No me cabe duda que hubiera denunciado la adoración católico-romana del crucifijo como profana, blasfema e idólatra.

Cuando la Biblia usa la expresión “la cruz”, a veces, se refiere a las aflicciones y pruebas que los creyentes en Cristo tienen que sufrir por seguir fielmente a Cristo. Éste es el sentido en que nuestro Señor usa la palabra en Mateo 10:38 diciendo: “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí”. Éste no es tampoco el sentido en que Pablo usa la palabra cuando escribe a los gálatas. Conocía bien esta cruz; la cargaba con paciencia. Pero no es a la que se refiere aquí.

La cruz significa también, en algunos lugares, la doctrina de que Cristo murió por nuestros pecados en la cruz; la expiación que realizó por los pecadores sufriendo por ellos en la cruz: el sacrificio completo y perfecto por el pecado que ofreció cuando entregó su propio cuerpo para ser crucificado. En suma, en esta [frase] específica, “la cruz”, se refiere a Cristo crucificado: el único Salvador. Éste es el sentido en el cual Pablo usa la expresión cuando le dice a los corintios: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden” (1 Co. 1:18). En el mismo sentido, lo usó cuando le escribió a los gálatas: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz” (Gá. 6:14). O sea, “no me glorío en nada, sino en Cristo crucificado, quien logró desde la cruz, la salvación de mi alma”.

Jesucristo crucificado era el gozo y deleite, la esperanza y la confianza, el fundamento y el lugar de descanso, el arca y el refugio, el alimento y el remedio para el alma de Pablo. No pensaba en lo que él mismo había hecho ni en lo que él mismo sufría. No meditaba en su propia bondad, y su propia justicia y rectitud. Amaba pensar en lo que Cristo había hecho, la justicia de Cristo, la expiación de Cristo, la sangre de Cristo, la obra consumada de Cristo. En *esto* era que se gloriaba. Esto era el sol de su alma.

Éste es el tema sobre el cual *amaba predicar*. Era un hombre que iba y venía por la tierra proclamando a los pecadores que el Hijo de Dios había derramado su propia sangre para salvar sus almas. Caminaba por todas partes para decirle a la gente que Jesucristo los amaba y había muerto por los pecados de ellos en la cruz. Notemos cómo le dice a los corintios: “Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados” (1 Co. 15:3). “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2). Él, un fariseo y perseguidor de la Iglesia, había sido lavado en la sangre de Cristo. No podía quedarse callado. No se cansaba de contar la historia de la cruz.

Éste es el tema que *amaba abordar cuando escribía a los creyentes*. Es maravilloso observar cómo, por lo general, abunda en sus epístolas, el tema de los sufrimientos y la muerte de Cristo; cómo desbordan los “pensamientos que respiran y palabras que queman”, sobre su amor y el poder, aun en su agonía. Su corazón parece lleno del tema. Lo enfatiza constantemente; vuelve a él una y otra vez. Es el hilo de oro que se entreteje en toda su enseñanza doctrinal y exhortaciones prácticas. Parece pensar que el cristiano más avanzado nunca puede oír demasiado acerca de la cruz.

Esto fue gran parte de *la razón de su vida*, a partir del momento de su conversión. Le dice a los galatas: “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). ¿Qué le dio tantas fuerzas para esforzarse? ¿Qué le dio tanta disposición para trabajar? ¿Qué le dio tanta tenacidad en su empeño por salvar a algunos? ¿Qué lo hizo tan perseverante y paciente? Les diré el secreto. Se mantenía siempre alimentado por su fe en el cuerpo de Cristo y la sangre de Cristo. Jesús crucificado era la carne y la bebida de su alma.

Y podemos estar seguros de que Pablo tenía razón: La cruz de Cristo —la muerte de Cristo en la cruz para hacer expiación por los pecadores— es la verdad central en toda la Biblia. Ésta es la verdad con la que comenzamos cuando leemos Génesis. La simiente de la mujer hiriendo

la cabeza de la serpiente no es otra cosa que una profecía de Cristo crucificado. Ésta es la verdad que brilla, aunque velada a lo largo de la Ley de Moisés y la historia de los judíos. El sacrificio diario, el cordero pascual, el continuo derramamiento de sangre en el tabernáculo y el templo; todos estos son emblemas de Cristo crucificado. Ésta es la verdad que vemos honrada en la visión del cielo antes de cerrar el libro de Apocalipsis. Nos dice que “en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado” (Ap. 5:6). Aun en medio de la gloria celestial, vislumbramos a Cristo crucificado. Quitar la cruz de Cristo de la Biblia y se convierte en un libro oscuro. Es como los jeroglíficos egipcios sin la clave para interpretar su significado: interesante y maravilloso, pero sin ningún provecho práctico.

Preste atención cada lector de este [texto] a lo que digo. Usted puede saber mucho acerca de la Biblia. Puede conocer a grandes rasgos las historias que contiene y las fechas de los eventos descritos como alguien puede conocer la historia de Inglaterra. Es probable que sepa usted el nombre de los hombres y las mujeres mencionados, así como cualquiera puede saber de César Augusto, Alejandro el Grande o Napoleón. Es probable que conozca varios preceptos de la Biblia y los admire, tal como admira a Platón, Aristóteles o a Séneca. Pero si todavía no sabe que Cristo crucificado es el fundamento de todo el Libro, hasta ahora ha estado leyendo con muy poco provecho. Su religión es un cielo sin sol, un edificio sin cimientos, un arco sin piedra clave, una brújula sin aguja, un reloj sin péndulo, una lámpara sin aceite. No le consolará. No salvará su alma del infierno.

Lo repito, preste atención a lo que digo. Puede usted saber mucho de Cristo, por una especie de conocimiento mental. Puede saber quién fue, cuándo nació y lo que hizo. Puede conocer sus milagros, sus dichos, sus profecías y sus ordenanzas. Puede saber cómo vivió, cómo sufrió y cómo murió. Pero, a menos que conozca por experiencia el poder de la cruz de Cristo, a menos que conozca y sienta en su interior que la sangre derramada en aquella cruz fue para salvar sus pecados particulares, a menos que esté dispuesto a confesar que su salvación depende enteramente de la obra que Cristo cumplió en la cruz; a menos que éste sea su caso, Cristo no será de ningún provecho para usted. Simplemente conocer el nombre de Cristo nunca lo salvará. Tiene que conocer su cruz y su sangre, de lo contrario, morirá en sus pecados.

Mientras viva, *cuídese de una religión en que hay poco de la cruz*. Vivimos en un tiempo en que, lamentablemente, se necesita esta advertencia. Absténgase, vuelvo a decir, de practicar una religión sin la cruz.

Hay cientos de lugares de adoración en esta época en que hay de todo, menos la cruz. Hay madera tallada y piedra esculpida; hay vitrales y pinturas espectaculares; hay servicios solemnes y gran cantidad de ordenanzas; pero no hay allí nada de la cruz de Cristo. No se proclama desde el púlpito a Cristo crucificado. El Cordero de Dios no es levantado y no es proclamada libremente la salvación por fe en Él. Y en consecuencia, todo es un error. Evite tales sitios de adoración. *No son apostólicos*. Nunca le habrían dado satisfacción al Apóstol.

San Pablo no se gloriaba en nada fuera de la cruz. Esforcémonos por ser como él. ¡Coloquemos a Cristo crucificado a la vista de nuestra alma! No escuchemos ninguna enseñanza que se interponga entre nosotros y Él. No caigamos en el viejo error de los gálatas; no pensemos que hay alguien mejor que lo que eran los apóstoles. No nos avergoncemos de las “sendas antiguas” en las que caminaban los hombres que eran inspirados por el Espíritu Santo. No dejemos que las palabras inciertas de los maestros modernos, que dicen palabras grandilocuentes como “catolicidad”¹ y “la iglesia”, nos quiten nuestra paz y nos hagan soltar nuestras manos de la cruz. Las iglesias, los pastores y las ordenanzas son todos útiles a su manera; pero no son Cristo crucificado. No demos a otro, el honor que le corresponde a Cristo. “Mas el que se gloria, gloriése en el Señor” (2 Co. 10:17).

Tomado de La cruz de Cristo (*The Cross of Christ*) en Sendas antiguas (*Old Paths*),
The Banner of Truth Trust, banneroftruth.org.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo y autor anglicano; nacido en Macclesfield, Cheshire County, Inglaterra.



La cruz del Calvario es el altar del amor divino. —Octavius Winslow.

¹ **Catolicidad** – Universalidad.

LA CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO

F. W. Krummacher (1796-1868)

*“Mas Jehová está en su santo templo;
calle delante de él toda la tierra” (Habacuc 2:20).*

SEAN estas palabras del profeta Habacuc, el lenguaje de nuestro corazón al entrar en el Lugar Santísimo de la historia del evangelio.

El más solemne de todos los días en Israel era el gran Día de Expiación² (Lv. 23:27), el único día en el año cuando el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo del templo. La Ley dictaba que antes de acercarse a ese misterioso santuario, debía quitarse su vestidura costosa y arrojarse de pies a cabeza con una ropa simple de lino blanco. Luego, tomaba en su mano la vasija con la sangre sacrificial y, con sobrecogimiento santo, abría el velo a fin de, humilde y devotamente, acercarse al trono de gracia para rociar la sangre expiatoria. No permanecía en el Lugar Santísimo ni un minuto más de lo necesario para cumplir con su ritual sacerdotal. Luego salía y se presentaba al pueblo y, en nombre de Jehová, anunciaba gracia y perdón a cada alma penitente³.

Veremos ahora, éste, muy significativo, acto simbólico, totalmente cumplido en la realidad. El inmaculado Jesús –del cual, por intención divina, todo el sacerdocio del Antiguo Testamento, era una sombra o tipo– se esconde detrás del grueso velo de una creciente humillación y agonía, lleva en sus manos su propia sangre para poder mediar⁴ ante Dios el Padre. Realiza y cumple todo lo que Moisés incluyó en el servicio figurativo del tabernáculo. Nunca comprenderemos totalmente con nuestro limitado intelecto, la manera precisa cómo esto se cumplió, pero lo cierto es que finalmente, obtuvo Él, nuestra redención eterna.

Volvamos, una vez más, al camino de la cruz y, en espíritu, unámonos a la multitud que avanza hacia el lugar de la crucifixión. Están pasando por los sepulcros rocosos de los reyes de Israel. Los monarcas

² **Expiación** – Acción de efectuar una reconciliación por medio de pagar la deuda por una ofensa. La palabra se usa en referencia a la *culpa* del pecado. *Expiar* es quitar o cubrir la culpa del pecado.

³ **Penitente** – Sentir culpa, con el propósito serio de redimir el pecado de la mala acción.

⁴ **Mediar** –Ser intermediario; intervenir entre dos partes hostiles con el fin de restaurar una relación a la armonía y unión entre ambas.

de antaño yacen en sus celdas, pero el destello del amanecer de su resurrección reluce en sus restos cuando pasa el Príncipe de Vida por allí. La procesión entra al valle de Gehena⁵, que en su tiempo, cundía del hedor de la sangre de los sacrificios a Moloc. Pero existe un Gehena aún más horroroso y ¿quién de nosotros se hubiera escapado de él si el Cordero de Dios no se hubiera sometido a las aflicciones que ahora lo vemos sufrir?

Arribamos al pie del horroroso monte. Pero antes de escalarlo, echemos una mirada a la multitud detrás de nosotros y veamos si, en medio de todo el odio y rencor que cruje como una flama infernal, podemos descubrir señales de condolencia y verdadera veneración por el Sufriente divino. ¡Y sí! Mis ojos se posan sobre un pequeño grupo que es como una constelación benigna en medio de la oscuridad de la noche. Primero percibimos a la piadosa Salomé, madre de los dos “hijos del trueno”. Anhela ella ser para sus hijos un ejemplo de fidelidad hasta la muerte y sabemos que, tanto Jacobo como Juan, más adelante dieron prueba de ser perfectamente merecedores de tal madre. Cerca de Salomé camina María, pariente cercana de la virgen santa. Ella también tuvo el gran privilegio de ver a sus dos hijos, Jacobo el menor y José, recibidos en la comunión inmediata del gran Maestro. ¡Ah! Por allá camina María Magdalena llorando, ella que había sentido más que ningún otro, el poder de Aquel que vino para destruir las obras del diablo.

Pero, ¿quién es aquella que con pasos vacilantes se reclina sobre el discípulo que Jesús amaba, más abatida que todos los demás, que cubre su rostro desgarrado por el dolor? Es la madre, tratando de sobrellevar su pesada carga, viviendo el cumplimiento de la profecía de Simeón: “Una espada traspasará tu misma alma” (Lc. 2:35). Jamás debe haber tenido ni el más pequeño presentimiento de que se cumpliría de esta manera. Pero ¡levanta tu vista, María! Entrégate con todo tu dolor a los brazos del Padre eterno. ¿Ves a tu Hijo a punto de ser sacrificado? Él también lo ve. El coronado de espinas es Hijo de Él, igual que tuyo. Posa tu vista sobre el discípulo amado quién, también inconsolable, procura ser un apoyo para la profundamente angustiada madre de su Señor. ¡Qué escena! ¡Y qué grato es percibir que el amor por el Varón de Dolores no se ha extinguido totalmente sobre la tierra! Ni se extinguirá jamás, no nos preocupemos por eso. En aquel grupo de afligidos,

⁵ **Gehena** – Valle cerca de Jerusalén usado para quemar continuamente la basura. Por eso, una figura del infierno.

vemos apenas las primeras germinaciones del despertar divino del futuro reino del Sufriente divino. ¡Estos pocos serán seguidos por una multitud que nadie jamás podrá contar!

Después de esta rápida mirada retrospectiva a los acompañantes del Salvador, volvamos a sumarnos a la multitud. Unos pasos más y llegamos al final del horrible peregrinaje. ¿Dónde nos encontramos ahora? Nos encontramos de pie en la cima del Monte Calvario, Gólgota⁶; nombre horrendo, el vocablo del punto más trascendental y terrible sobre toda la tierra... El lugar, tan lleno de horrores, se transforma en “el monte de dónde viene nuestro socorro”, cuyos misterios, muchos reyes y profetas querían ver, pero no pudieron. Sí, en este terrible monte nuestros rosales florecerán y brotarán nuestros manantiales de paz y salvación. La columna de nuestro refugio se levanta en esta cumbre. La Betania de nuestro reposo y eterno descanso aparece aquí a nuestra vista. De cierto que los de antaño tenían razón en aseverar que el Monte Calvario formaba el centro de toda la tierra porque es el lugar de reunión donde los redimidos, aunque separados físicamente por tierra y mar, se reúnen en espíritu todos los días para saludar a cada uno con el ósculo santo...

En aquel fatídico monte termina la carrera terrenal del Señor de la gloria. Detengamos en Él nuestra mirada, pues es el único árbol verde, sano y fructífero sobre la tierra, el hacha está puesta a su raíz (Mt. 3:10). ¡Qué testimonio contra el mundo y qué contradicción aniquiladora a todo el que lleva el nombre de Dios y la divina Providencia, si no encontró su solución en el misterio de la expiación representativa! Detengamos en Él nuestra mirada; allí está, cubierto de heridas y vergüenza, apenas reconocible entre los malhechores que lo rodean. Pero tengamos paciencia; dentro de pocos años, la Jerusalén que rechazó glorificarlo, —al Hijo amado del Altísimo, a quien nadie puede agredir sin impunidad—, será un montón de ruinas humeantes... Pero antes de que esto suceda, tiene que ocurrir una catástrofe horrible. La vida del mundo, sólo surge de la muerte del Justo. La hora de su bautismo de sangre ha llegado.

¡Ay! ¡Ay!, ¿qué es lo que está pasando ahora en ese sangriento monte? Cuatro hombres inhumanos, endurecidos y capaces de las peores atrocidades, se acercan al Santo de Israel y primero le ofrecen lo que se acostumbra en las ejecuciones: Una poción estupefaciente de vino y

⁶ **Gólgota** – Nombre de un cerro en las afueras de Jerusalén donde Jesús fue crucificado; llamado así, aparentemente, porque tenía una forma que parecía una calavera.

mirra. El Señor rechaza la bebida porque quiere someterse a la voluntad del Padre celestial completamente consciente y beber hasta la última gota de la copa maldita. Los verdugos toman al Cordero de Dios y entre todos dan inicio a su horrible tarea de quitarle la ropa a tirones, rompiéndola con sus manos rudas. Allí está, Aquel cuyas vestiduras fueran la luz y las estrellas del cielo el borde de su manto, cubierto sólo por su sangre y desprovisto de todo lo que lo adornaba, no sólo delante de los hombres, sino también en su carácter como Garante⁷ ante Dios.

Después de desnudar el cuerpo del Señor y, por dirección divina, lo dejan sólo con su corona de espinas, lo acuestan sobre el madero sobre el cual sangraría. De este modo, sin saberlo, cumplen el momento predicho en el Salmo 22, donde escuchamos que el Mesías dice: “No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude” (Sal. 22:11). ¡Qué lecho de muerte para el Rey de reyes! Amigos, cada vez que descansamos sobre cojines de pluma de paz divina o, contentos, nos reunimos para cantar himnos de esperanza, no pensamos que la causa de la felicidad que disfrutamos se debe exclusivamente al hecho de que el Señor de gloria, una vez yació por nosotros sobre el fatal madero.

Observemos sus brazos santos estirados a la fuerza en esa cruz y sus pies uno encima del otro. Así, estaba una vez Isaac sobre el madero en el Monte Moriah. Pero la voz desde el cielo que se oyó y dijo: “No extiendas tu mano sobre el muchacho” (Gn. 22:12), guarda silencio en el Calvario. Los verdugos toman el martillo y los clavos. ¿Pero quién puede tolerar ver lo que posteriormente sucede? Sobre los horribles clavos de la fragua del infierno, pero previstos en el santuario de la eternidad, caen los pesados martillazos hiriendo las manos y los pies del justo Jesús. ¿Los escuchas? Retumban en tu corazón, de tus pecados en un lenguaje horrible y, a la misma vez, de la ira del Dios todopoderoso. ¡Despierta, tú que duermes en pecado, y levántate tú que descansas seguro en tu carnalidad! ¡Cuántos corazones orgullosos y soberbios han sido quebrantados en un arrepentimiento beneficioso por esos martillazos! ¿Por qué no se rompe tu corazón también? ¡Comprende que tú diste algunos de esos martillazos, el acto más terrible e impío que el mundo ha cometido también es cargado a tu cuenta!

Observa cómo los clavos lo han traspasado; tanto de las manos como de los pies, borbotea la sangre del Santo. Estos clavos han partido la Roca de la salvación por nosotros para darnos el agua de vida (Éx. 17:6);

⁷ **Garante** – El que asume la responsabilidad de pagar la deuda de otro.

han privado la zarza celestial del bálsamo para que desprenda su perfume. Sí, han traspasado el edicto contra nosotros y lo han clavado al madero (Co. 2:14) y al herir al Justo, han herido la cabeza de la serpiente antigua (Gn. 3:15).

Nadie se engañe respecto a Aquel que fue clavado en la cruz. Esas manos traspasadas bendicen con más poder que cuando se movían libremente y sin obstáculos. Son las manos de un maravilloso Arquitecto que está edificando la estructura de su Iglesia eterna; sí, son las manos de un Héroe, que le quita al hombre fuerte todo su botín después de haberlo atado (Mt. 12:29). No hay ninguna ayuda o salvación [excepto] de estas manos. Y estos pies que sangran, pisan con más poder que cuando un grillete impedía sus pasos. Nada nace ni florece en el mundo, excepto bajo las huellas de estos pies. Lo peor ha sido cumplido y las palabras proféticas del salmo que dice “horadaron mis manos y mis pies” (Sal. 22:16), se han hecho realidad. El pie de la cruz es luego arrimado al pozo excavado para ella. Hombres fuertes tiran de la soga atada a la parte superior del madero y empiezan a jalar; y la cruz con su víctima, se va levantando a todo lo alto. De esta manera, la tierra rechaza de su faz, al Príncipe de vida, y, según parece, el cielo también lo rechaza.

Pero dejaremos que caiga el telón sobre estos horrores. ¡A Dios gracias! En esa escena de sufrimiento, el Sol de gracia se levanta por sobre el mundo pecador y el León de Judá asciende a la región de los espíritus que tienen el poder del aire a fin de, en un conflicto misterioso, desarrolos eternamente en nuestro nombre.

Mira qué espectáculo se presenta ahora: Es el momento cuando la cruz es levantada, un flujo carmesí desciende de las heridas del Jesús crucificado. Éste es su legado a su Iglesia. Le agradecemos semejante herencia. Cae sobre desiertos espirituales que entonces florecen como la rosa. La rociamos en los postes de nuestro corazón poniéndonos a salvo de los destructores y los ángeles vengadores (Éx. 12:22-23). Donde esta lluvia cae, brotan los jardines de Dios, los lirios florecen; lo que era negro se transforma en blanco en el flujo purificado, y lo que estaba contaminado se transforma en puro como la luz del sol. No hay ninguna posibilidad de florecer sin ella: nada de crecimiento ni verdor, sino que todo es desolación, aridez y muerte.

Levantada está la misteriosa cruz, una roca contra la cual rompen las propias olas de la maldición. Aquel que, misericordiosamente con su pueblo, dirigió su juicio contra Él mismo, cuelga en medio de profunda oscuridad. Aun así, sigue siendo la Estrella de la Mañana que anuncia al mundo un día de descanso eterno. Aunque rechazado por el

cielo y la tierra, es el eslabón que los conecta a ambos como el Mediador de su amistad eterna y renovada. ¡Ah! Sus brazos sangrientos están extendidos. Los extiende para llamar a cada pecador. Sus manos señalan hacia el oriente y el occidente porque juntará a sus hijos de todo el mundo. La parte superior de la cruz va dirigida al cielo y, mucho más allá del mundo, se extenderán sus efectos. El pie está enterrado en la tierra; la cruz se convierte en un árbol maravilloso del cual cosechamos el fruto de una reconciliación eterna.

No hay más requisito que el que Dios nos conceda lágrimas de arrepentimiento y luego, por medio del Espíritu Santo, nos muestre al Salvador sufriendo en la cruz. Entonces, nos libramos de todo cuidado y dolor terrenal, y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. Porque fuera de nuestra justificación por Cristo, no existe otro requisito; en la conciencia de nuestra total impotencia, nos tomamos de los cuernos del altar rociado con la sangre “que habla mejor que la de Abel” (He. 12:24). Y el Varón de dolores nos demuestra la plenitud de sus tesoros y nos concede, en una medida sobreabundante, la bendición del patriarca Jacob a su hijo José: “Las bendiciones de tu padre fueron mayores que las bendiciones de mis progenitores; hasta el término de los collados eternos” (Gn. 49:26).

Allí se enarbola el estandarte del nuevo pacto, el cual, cuando es comprendido, esparce el terror al igual que la delicia, y produce no menos lamentaciones que gozo y regocijo. Sigue enarbolado hoy y lo seguirá estando para siempre. Y donde sea que se levanta, está rodeado de manifestaciones poderosas y efectos milagrosos. ¡Vemos que los campos misioneros se cubren de verdor, en una primavera del Espíritu que se extiende sobre los desiertos de los paganos! Escucha cómo las arpas de paz resuenan desde las islas del mar. ¿Oyes la conmoción en el valle de huesos secos (Ez. 37:4)? La cruz es llevada por toda la tierra y bajo su sombra, la tierra germina y los muertos resucitan.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gá. 2:20) y con estas palabras destaca todo el fruto que la cruz carga para todos los creyentes. Lo que está significando es: “No fue por sus propios pecados que allí carga, sino lo míos, porque el que así expira en la cruz, por mí muere. Cristo paga y sufre en mi lugar”. Pero aquello de lo cual se jacta Pablo, es propiedad de todos nosotros, sí, por los lazos de la fe y el amor, somos uno con el Jesús crucificado. De igual manera, somos exaltados a la comunión con la cruz de Cristo, también en el sentido de que nuestra naturaleza corrupta está condenada a muerte; nuestro viejo hombre con sus afectos y lascivias. Vemos a la cruz del Calvario desplegar su luminosidad plena y dadora de paz. Forma un arco, como el arco iris

sobre nuestras tinieblas y nos conduce por una senda de dolor como una columna de fuego. ¡Oh, que su luz serena brille siempre sobre nuestra senda al pasar por el valle de lágrimas y —como árbol de libertad y de vida— arraigue profundamente sus raíces en nuestra alma! ¡Aceptado por fe, caiga el fruto celestial en nuestro regazo, y dé calor y expanda nuestro corazón y mente debajo de su sombra!

Tomado de *El Salvador sufriente (The Suffering Savior)*, Gould and Lincoln, 1857.

Friedrich Wilhelm Krummacker (1796-1868): Pastor reformado alemán; nacido en Moers, Alemania.



Cristo crucificado es la suma del evangelio y contiene todas sus riquezas. Pablo estaba tan impactado por Cristo que nada más dulce que Jesús podía salir de su pluma y sus labios. Se ha observado que la palabra *Jesús* aparece quinientas veces en sus epístolas. —*Stephen Charnock*

“Dios es amor” (1 Jn. 4:8, 16) son palabras que proclama la cruz con letras de luz viviente. Es cierto que fue una manifestación terrible de justicia, una expresión solemne de santidad, una vindicación dura de la verdad y una demostración sobrecogedora de poder en la cruz de Jesús; pero el amor divino las sobrepasó y las eclipsó a todas. La cruz de Jesús es un retrato de amor, un exponente del amor, el sacrificio de amor; el lugar donde esta planta divina del cielo en el alma del creyente profundiza más su raíz, revela su más rica belleza y aspira su fragancia más dulce. —*Octavius Winslow*

El lugar del amor para nutrición y crecimiento es *a los pies de la Cruz*. ¿Dónde debe reposar nuestro corazón amante de Cristo, sino donde sangró el corazón de Cristo? Nuestro corazón no debe sentir ningún imán tan poderoso como la cruz de Jesús, ninguna atracción como la del Crucificado. —*Octavius Winslow*

LA GLORIA DE LA CRUZ

Solomon Duytsch (1734-1794)

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14).

EN su carta a los gálatas, el apóstol Pablo había defendido la doctrina de la gracia que él predicaba. En esa carta, enfatiza que el pecador escogido tiene que ser justificado por la fe en Jesucristo sin las obras de la Ley. Refuta firmemente las enseñanzas de los predicadores hipócritas que afirmaban que la Ley era la base de la justificación. Procede ahora a instar a los gálatas a que permanezcan firmes en su libertad cristiana. Les habla de su gran amor por ellos que lo llevó a escribirles con su propio puño y letra esta carta tan importante.

Principalmente, expone el propósito verdadero de los predicadores de la Ley que buscaban su propia gloria. Ahora, en las palabras de nuestro texto, les declara la base de lo que él se gloria: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”.

¡Oh! ¡Cristo crucificado y ahora glorificado, derrama sobre nosotros ese Espíritu de Vida del que te hiciste mercedor por tu muerte en el madero, para que podamos nosotros elevar este canto de alabanza en tu honor!: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Amén”.

Al considerar esta porción de las Escrituras, me propongo dos cosas: I. Explicar las palabras y II. Demostrar cómo estas palabras cumplen el propósito que el Apóstol tenía en mente.

I. EXPLICACIÓN DE LAS PALABRAS: Al explicar las palabras del texto, notemos que: **A.** Pablo honra a Dios gloriándose en la cruz de Cristo y **B.** Pablo da testimonio con respecto [al fruto que había dado en su vida] a través de la cruz de Cristo.

A. El Apóstol afirma que la base de su gloriarse es doble: 1. *Negativo*, aquello en lo que no debe gloriarse y 2. *Positivo*, aquello en lo que sí debe gloriarse.

1. *Negativamente.* Se expresa con firmeza diciendo: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Gloriarnos es la expresión de nuestra actitud respecto de algo que poseemos y valoramos mucho y que, con gusto, contamos a otros con la esperanza de

ganarnos su estima y opinión favorable. Pablo sugiere que tiene en qué gloriarse, pero antecede esa afirmación con palabras que expresan un fuerte deseo de no gloriarse nunca en ninguna otra cosa. “Dios no permita que me gloríe en esas cosas”.

¿Qué otras cosas tenía Pablo en las que hubiera podido gloriarse? ¿Acaso no era, desde su conversión, objeto de aborrecimiento, desprecio, calumnia y persecución? Vivía como alguien que se consideraba indigno de vivir. El peligro de morir como mártir era constante. Entonces, ¿qué tendría este despreciable Apóstol para gloriarse? Podía gloriarse en **a.** su cuna noble, su educación, sus beneficios como judío; **b.** su conversión maravillosa y sus beneficios como cristiano; **c.** su llamado a ser apóstol y los beneficios de tal distinción.

a. *¿Cómo podía gloriarse por ser judío?* No era un judío común. *Era hebreo de hebreos*, hijo de padres hebreos de nacimiento, hebreo de raza pura. Era de la simiente de Abraham, a quien Dios había hecho grandes promesas. Esas promesas tenían que ver, no sólo con cosas de valor temporal en la tierra de Canaán, sino que incluía valores espirituales, especialmente la promesa de que, cumplido el tiempo, de su simiente serían benditas todas las naciones de la tierra (Gn. 22:18). *Era israelita de la simiente de Jacob* a quien Dios había dado el nombre Israel porque había prevalecido como un príncipe (Gn. 32:28). *Era ciudadano de ese pueblo a quien el Señor había escogido por sobre todos los pueblos de la tierra;* de ese pueblo en medio del cual Dios escogió morar de una manera específica, a quien le pertenecía la adopción, la gloria, los pactos, la promulgación de la Ley, el culto a Dios y las promesas (Ro. 9:4), [Era de] aquel pueblo del cual dijo Moisés: “Bienaventurado tú, oh Israel. ¿Quién como tú...?” (Dt. 33:29). *Era de la tribu de Benjamín*, a la cual, por así decir, bendijo con sus últimas palabras por sobre todas las demás tribus como la tribu favorita del Señor (Dt. 33:12). *Era discípulo de Gamaliel*, cabeza del Sanedrín y líder de la casa de estudio en Jerusalén. Había sido enseñado en la interpretación perfecta de la Ley de sus mayores. Vivía [como] un fariseo, la secta más recta de su religión. Sacaba más provecho que muchos otros de la religión de los judíos. Demostraba tanto celo que cuando el concilio judío tenía una obra especial para realizar, invariablemente se la encargaban a él.

A la luz de todo esto, ¿coincidimos en que Pablo tenía mucho de qué gloriarse como judío?

No obstante, ya no consideraba ninguno de estos beneficios como razón valedera para gloriarse. En cuanto a ellos dijo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Por gracia, había aprendido que ninguna de estas cosas era de algún valor

como base para gloriarse. Había aprendido que la única base para gloriarse era el conocimiento y la comunión con Dios y Cristo. Por gracia, había aprendido a estimar “todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús [su] Señor” (Fil. 3:8).

b. *Podía gloriarse en su conversión maravillosa y sus beneficios como cristiano.* Él, que había sido blasfemo, perseguidor y opresor de los que creían en Cristo, había recibido misericordia. Se había convertido de una manera extraordinaria: Camino a Damasco, respirando amenazas contra la Iglesia, viajando con toda rapidez y lleno de furia para llevar a cabo su plan de apresar a más discípulos de Dios, cuando de pronto, ese Cristo a quien perseguía, lo detuvo en su loca persecución al aparecer gloriosamente ante él (Hechos 9). No encontramos ningún otro ejemplo de una conversión como esa. Podía testificar de cómo fue arrebatado al tercer cielo y de haber escuchado palabras inefables que no le es dado al hombre expresar (2 Co. 12:2-4).

De estas cosas se podía gloriarse, pero en lugar de minimizar el estado de gracia de hermanos cristianos por hablar de esta experiencia excepcional, dijo: “Lejos esté de mí gloriarme en estas cosas”. De hecho, ocasionalmente, relata estas cosas que le sucedieron en los tratos de Dios con él; pero era para alentar y confortar a pecadores convencidos de pecado desalentados, al punto de la desesperación. A esas almas que eran lanzadas de acá para allá y que pasaban por terribles batallas interiores, para que no se desanimaran, les dijo: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Ti. 1:15).

c. *Podía gloriarse en su llamado como apóstol* y los beneficios de tal distinción. Realmente era vaso escogido para proclamar a Cristo el Salvador a los paganos, a los reyes de la tierra y a Israel. Dios lo había apartado para esta obra y preparado por gracia para proclamar el evangelio del Hijo de Dios a los gentiles. ¿No es éste el honor más grande que puede recibir un hombre? ¿Hay algún honor en el mundo que puede compararse con éste? ¿[Puede haber] un privilegio más grande que ser escogido por Dios para salvación y luego ser llamado, preparado y capacitado para presentar a Jesucristo como el único y suficiente Salvador al judío y al gentil?

A pesar de estos grandes privilegios que tenía, el Apóstol no se exaltaba a sí mismo por ellos por sobre sus hermanos apóstoles, sino que lo adjudicaba todo a Dios. También sobre esto dijo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”.

Con profunda humildad, se considera el menor de los apóstoles, efectivamente, se confiesa indigno de ser un apóstol...

2. *Positivamente*, el Apóstol declara en qué se basará para gloriarse: “La cruz de nuestro Señor Jesucristo”. No le está adjudicando aquí ningún valor a esa cruz de madera en la que murió el Salvador. La madera de esa cruz no tiene valor alguno para sanar enfermedades físicas ni espirituales. ¿A qué se refiere aquí el Apóstol? ¿De qué se trata esta cruz de Cristo de la que desea gloriarse?

El gran reformador Martín Lutero⁸ dijo que Pablo, como discípulo fiel, tomó la cruz de Cristo y lo siguió en el camino sufriendo vergüenza, reproches y persecución, y que en esto consistía su gloria. Si alguien tenía razón para gloriarse en la tribulación, era indudablemente el apóstol Pablo, quien según Gálatas 6:17, dijo: “Yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús”. En Colosenses 1:24 pudo decir: “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”. En 2 Corintios 11:24-27, cataloga sus sufrimientos en nombre de Cristo: “De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez”.

Antes de mencionar todas estas cosas que le sucedieron, dice en 2 Corintios 11:16-17: “Que nadie me tenga por loco; o de otra manera, recibidme como a loco, para que yo también me gloríe un poquito. Lo que hablo, no lo hablo según el Señor, sino como en locura, con esta confianza de gloriarme”. Sentía que era necesario mencionar sus muchas dificultades y sus sufrimientos para silenciar a los predicadores falsos que se gloriaban en la Ley y quienes lo habían acusado.

Otros teólogos opinan que “la cruz de Cristo” en nuestro texto se trata, en realidad, del *evangelio* de Cristo. Basan esta opinión en las palabras mismas de Pablo en 1 Corintios 1:17-18: “Pues no me envié Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. Porque la palabra de

⁸ **Martín Lutero (1483-1546)** – Monje católico-romano alemán, teólogo, profesor universitario y reformador de la Iglesia, cuyas ideas inspiraron la Reforma Protestante y cambiaron el curso de la civilización de occidental.

la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”. Esta opinión es digna de ser respetada, especialmente por las palabras de Pablo en el versículo 12 del capítulo del que tomamos nuestro texto, donde dice: “Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo”. Éste es el evangelio de Cristo. Notemos el contraste: Los predicadores hipócritas de la Ley anhelaban paz y descanso; no les gustaba la persecución que sufrían los que predicaban el evangelio de Cristo. Pero por otro lado, Pablo identifica como el fundamento, la base de su presunción, de su gloriarse, precisamente en esa cruz de Cristo, es decir, en el evangelio de Cristo que él predicaba...

Sin embargo, mientras que todo lo antedicho no debe ser excluido, coincido con el gran Calvino⁹ en que Pablo, quien había determinado no interesarse en conocer nada más que Cristo y a Él en la cruz. Me inclino a creer esto porque Pablo, en la mayoría de sus epístolas, al hablar de la cruz, lo hace refiriéndose especialmente, al sufrimiento de Cristo en la cruz (Ef. 2:16; Col. 1:20; He. 12:2). [Me inclino a creer esto] también porque, en contraste, no dice en nuestro texto simplemente “en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”, como lo hace en el versículo 12, sino que en nuestro texto enfatiza que desea gloriarse en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Con este énfasis, declara que él y sus hermanos creyentes comparten el sufrimiento y la bendición del fruto del sufrimiento de Cristo en la cruz; que por la gracia de Dios eran tan privilegiados, y querían ahora poner toda la esperanza de salvación y la base de gloriarse sólo en esa cruz.

Quiere significar (me parece a mí): Anhele gloriarme, no como lo hacen tantos cristianos, sólo en la cruz de Cristo, en un Salvador completo, en el ungido de Dios, en el Gran Profeta, en un Sumo Sacerdote misericordioso, en el Rey de Reyes¹⁰; sino en la cruz de Jesucristo *nuestro Señor* – nuestro Señor, quien los libró a ustedes y me libró a mí, oh creyentes de Galacia, de la maldición de la Ley, del dominio del pecado, del poder de Satanás, de la ira de Dios y nos compró para ser suyos por su sangre preciosa que derramó en Getsemaní y en el Gólgota. Esto hizo por ustedes y por mí que por naturaleza éramos pecadores mercedores del infierno. Nuestro Señor, quien reconcilió con

⁹ **Juan Calvino (1509-1564)** – Padre de la teología reformada. Durante su ministerio de casi veinticinco años en Génova, Calvino enseñaba teología y predicó un promedio de cinco sermones por semana, además de escribir un comentario sobre casi todos los libros de la Biblia. Nacido en Noyon, Picardía, Francia.

¹⁰ Ver Portavoz de la Gracia N° 15: *La obra de Cristo*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

Dios a judíos, igual que a los gentiles en un solo cuerpo por medio de la Cruz, dando así muerte a la enemistad. Sí, nuestro Señor, a quien por la gracia de Dios nos hemos entregado y dedicado, tanto en cuerpo como alma, para el tiempo y la eternidad, para servirle y honrarle como nuestro único Rey—.

Es, entonces, en el sufrimiento de Cristo sobre la cruz en lo que desea gloriarse el Apóstol. Y no nos extrañe, porque cuando piensa en el Gólgota y contempla allí la cruz de Cristo; todas las cosas que pudieran ser motivo de jactancia desaparecen, y la cruz sola llena su corazón y su boca de alabanzas. Allí, con la mente iluminada, ve por un lado la santidad sin mancha de Dios, su justicia intachable, su verdad eterna y, por otro lado, el amor infinito de Dios, su gracia y su misericordia sin límite que se complementan. ¡Oh, qué maravilla para contemplar, más hermosa aun que la que contempló Adán en su estado de rectitud! Ve allí ese gran misterio que los ángeles desean ver, cómo Dios puede, y es su voluntad, ser el Dios del pecador perdido, pobre, miserable y merecedor del infierno. Allí ve maravillado el cumplimiento del consejo eterno de Dios que fue anunciado por todos los profetas: Que Cristo sufriría, que Jesús de Nazaret moriría en la cruz. Allí ve la evaporación de todas las sombras de la adoración del Antiguo Testamento y las promesas en la luz del Sol de Justicia, Jesucristo, quien por medio del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios. Allí ve con gloriosa adoración la satisfacción completa de la justicia divina, la realización de la reconciliación por el pecado, una justicia eterna manifestada, el pecado del mundo echado fuera en un día, la cabeza aplastada de la serpiente, sorbida la muerte en victoria y la venida de la vida y la inmortalidad para el pueblo de Dios.

Al ascender aún más, ve allí, con los ojos de la fe, a Cristo en la cruz, sufriendo y muriendo como Garante, luego con santo asombro, recibe la revelación del gran misterio de la cruz. Ve allí al Santo de Israel colgado entre dos malhechores, despojado de sus vestidos, coronado de espinas y clavado en la ignominiosa cruz. ¿Para qué? Para que su pueblo, que perdió su corona por su pecado, pueda recibir una corona de gloria y el vestido de justicia para cubrir su desnudez.

Ve allí al Hijo de Dios, la luminosidad de la gloria de su Padre y la imagen expresa de su persona, rodeado de impíos que se burlan de Él y lo maltratan. ¿Para qué? Para que su pueblo, el cual por el pecado se convirtió en un pueblo de hombres impíos merecedores de escarnio y desprecio, pudiera, por el sufrimiento y muerte de Cristo, recibir gloria eterna y el derecho de ser hijos de Dios. Allí ve, totalmente maravillados, a Dios y al hombre, el bendito Emanuel como el Cordero de Dios

llevando en su cuerpo en la cruz la pesada carga de todo el pecado de los escogidos. ¿Para qué? Para reconciliar a su pueblo con Dios y restaurarlo a una comunión total con Él.

Ve allí cómo le dan de beber vinagre mezclado con hiel a la Roca de Israel, la Fuente de Vida. ¿Para qué? Para que su pueblo, el cual por el pecado se hizo merecedor de esa amarga bebida, pudiera beber del vino nuevo que les será dado en el Reino de Dios. Ve allí a la Luz del mundo, el Sol de Justicia en medio de la oscuridad. ¿Para qué? Para que su pueblo, el cual por el pecado cayó de la luz a la oscuridad, pudiera hacer que la Luz brillara en la oscuridad y hacerlos aptos para recibir la herencia de los santos en luz. ¡Sí, ve allí el espectáculo increíble del Príncipe de Paz siendo objeto de la ira de Dios, y el Rey de Vida bajando la cabeza y exhalando su último aliento!

Pero [Pablo] considera, especialmente, lo que ese sufrimiento de Cristo significa para él personalmente; para él, quien antes aborrecía [a Jesús] y perseguía a su pueblo. Cristo estuvo dispuesto a sufrir y morir una muerte tan vergonzosa y, por su agonía y muerte, darle el mérito de todos los tesoros de la salvación. Por fe, ve que por gracia eternal, soberana y misericordiosa, le fueron dados esos tesoros. Por fe, considera el consuelo y fortaleza que recibe del sufrimiento de Cristo. Allí, en total asombro, ve que no puede gloriarse más que en la cruz de Cristo su Señor.

En esa cruz de Cristo, encuentra el mayor consuelo para su alma. Ni sus múltiples pecados ni la maldición de la Ley tienen nada de qué acusarle. Entonces, puede decir: ¡“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió... él herido fue por nuestras rebeliones... por nosotros lo hizo pecado... Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros... por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él... Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Ro. 8:34; Is. 53:5-6; 2 Co. 5:21; Gá. 3:13)!

En esa cruz de Cristo, encuentra la fuente más grande de fortaleza para luchar con el poder de Cristo contra los embates del príncipe de las tinieblas. Fue en esa cruz que Cristo aplastó la cabeza de la serpiente y salió victorioso en la batalla contra ese viejo dragón.

En esa cruz de Cristo, el Apóstol encuentra la confirmación de que, no sólo la Ley, que es la fuerza del pecado, se volvió impotente; sino que también él, por el cuerpo de Cristo, murió a la Ley.

En esa cruz de Cristo, encuentra su único consuelo, no sólo para la vida, sino también para la muerte. De esta manera, en la hora de su

muerte, podrá enfrentar a aquel rey de los terrores y exclamar jubilosamente, sin temor: “Para mí... el morir es ganancia. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (Fil. 1:21; 1 Co. 15:55).

En la cruz de Cristo, ve el mayor bien y tanta bendición, que su corazón, por así decir, se enciende por el amor de Cristo; ya no desea vivir para sí, sino para Cristo, quien murió por él. Le da el deseo de caminar con amor hacia Cristo, quien lo ama y se entregó por él como sacrificio agradable a Dios. Su oración es ser conformado, cada vez más, a la muerte de Cristo y poder ofrecerse con gozo como un sacrificio de gratitud.

En la cruz de Cristo, ve un ejemplo glorioso de paciencia, humildad y voluntad en el sufrimiento. Esto lo insta a orar por sus enemigos y a correr con paciencia la carrera que tiene por delante, con los ojos puestos en Jesús, el Autor y Consumador de su fe, quien por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz menospreciando el oprobio (He. 12:1-2).

En suma: En la cruz de Cristo encuentra su única *gloria* porque en aquella cruz y por la fuerza de Cristo, quien sufrió en ella, el mundo fue crucificado para él y para el mundo. Ese es su testimonio.

B. Pablo lo considera un fruto de la muerte de Cristo en la cruz cuando dice: “Por quien *el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*”. Permítanme ahora dirigir brevemente su atención a **1**. Lo que testifica acerca de su lugar en el mundo y **2**. La razón por la cual está en ese lugar.

1. En las palabras de nuestro texto, habla del “mundo”. No se trata del mundo que comprendemos, fue constituido por la Palabra de Dios (He. 11:3); no ese mundo grandioso que constituyen la tierra, el cielo y los planetas. El Apóstol se refiere, en cambio, al mundo de deseos pecaminosos, al mundo que yace en iniquidad, a las personas mundanas que son del mundo y encuentran todo su placer, fortuna, satisfacción y felicidad en las cosas del mundo. Ese mundo, dice el Apóstol, le es crucificado a él y él a ese mundo.

a. Primero dice “el mundo me es crucificado a mí”. Es fácil comprender que ésta es una figura retórica que no debe ser interpretada literalmente. Quiere decir que el mundo con sus deseos pecaminosos y placeres, que tiene tanto atractivo para los de mente mundana, le ha sido, por así decir, crucificado a él; de hecho, muerto en lo que respecta a serle atractivo. Que toda sabiduría mundana es sin valor para él, que todo bajo el sol es aflicción de espíritu y vanidad (Ec. 1:14). Que el honor y la estima de los que antes disfrutaba y los placeres y goces en que antes se deleitaba, le eran ahora desagradables, les tenía aversión, como se tiene aversión a algo muerto.

b. *Segundo, el mundo que yace en iniquidad ha sido crucificado para él.* Consideraba detestables a las personas mundanas que se deleitaban en las cosas del mundo. Mostraba su aversión por ellas y sus obras, apartándose de ellas como lo haría de un cuerpo que ha sido crucificado.

c. *Tercero, el mundo religioso* que antes conocía y en el que había ocupado un lugar de honor tan prominente, el mundo de la religión legalista en la que creía haber logrado su salvación. También ese mundo *ha sido crucificado para él*, había muerto para él, y ahora consideraba todo como pérdida y estiércol con tal de ganar la excelencia del conocimiento de Cristo crucificado.

2. *Además, Pablo dice que él está crucificado para el mundo.* Dice, no sólo que ese mundo para él está crucificado, sino también que él está crucificado para ese mundo. Con esto quiere decir que esas personas mundanas que servían al mundo y buscaban en él sus placeres, junto con los que enseñaban que la salvación era por las obras de la Ley, a él lo consideraban como alguien con quien no se podían asociar, como alguien a quienes ellos, en su corazón, habían condenado a muerte en la cruz, como alguien muerto para ellos...

3. *Por último, encuentra en la cruz de Cristo su única gloria.* Presenta esa cruz a los pecadores culpables y merecedores del infierno como el único camino de salvación. Con razón Pablo, viendo tanto valor en la cruz, dice que todo lo demás ha muerto para él. Y con razón, los siervos del mundo y de religiones falsas, lo consideraban muerto para ellos. Protestaba en su predicación contra todo lo que ellos consideraban de gran valor y proclamaba como de valor todo lo que ellos aborrecían.

II. CÓMO ESTAS PALABRAS COINCIDEN CON EL PROPÓSITO DE PABLO: Habiendo explicado el significado de las palabras del texto, muy brevemente... mostremos cómo estas palabras coinciden con el propósito que Pablo tiene en mente. Podemos, por así decir, oír a Pablo decir:

Sean ustedes los jueces, oh gálatas creyentes, entre *mi* gloriarme y el de los *predicadores hipócritas* de la Ley. Ellos, bajo un manto de aparente santidad, les insisten en guardar la Ley para justicia, no se preocupan por el bienestar y la salvación eterna de ustedes. ¿Cómo pueden hacerlo? Ellos mismos, aunque circuncidados de acuerdo con la Ley, no pueden guardar la Ley y, mucho menos, las obras de la Ley no los pueden justificar a ellos. Sin embargo, ponen cargas sobre ustedes que ellos mismos no pueden cargar. ¿Qué beneficio les puede dar esto a ustedes? ¿Cómo les benefician sus enseñanzas? Nadie es justificado por las

obras de la Ley. Es evidente que buscan tranquilidad y descanso para sí mismos, buscan su propia gloria.

Buscan su propia tranquilidad y descanso, evitando así ser perseguidos por la cruz de Cristo, para no ser molestados en su vida de tranquilidad y silencioso contentamiento en medio del mundo.

Buscan su propia gloria en su predicación de la Ley. Esperan convencerlos y convertirlos a ustedes a su doctrina y luego, señalarles como la corona de gloria de sus esfuerzos. Tendrían entonces, la gloria de convertirlos a ustedes, que son gentiles, a su religión judía. Esto es prueba de que son maestros falsos porque, aunque enseñan que Jesús de Nazaret es ciertamente el Mesías prometido, enseñan también que si se circuncidan y guardan la Ley, los hombres pueden tener parte y porción en Él. Esto es *negar* la cruz de Cristo y su satisfacción completa de las demandas de la justicia de Dios. Resulta claro que no buscaban honrar a Dios ni a su Hijo, sino que buscaban su *propia* gloria.

Pero en cuanto a mí, no permita Dios que me gloríe en algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo. En esa cruz, todas las virtudes y perfecciones de Dios son restauradas en toda su plenitud. En esa cruz, veo cómo ese Dios justo y santo puede mostrar misericordia a un vil y miserable pecador. En esa cruz, veo el cumplimiento de todas las profecías y la realidad a la que todo el Antiguo Testamento apunta. En esa cruz, veo que lo escrito en mí contra ha sido borrado por el cumplimiento de una justicia eterna para mí y todos los escogidos, y a los escogidos de Dios reconciliados con Él. En esa cruz, encuentro mi consuelo, mi fortaleza y mi salvación. En esto anhelo gloriarme con todo mi ser y junto con ustedes, oh gálatas creyentes, por haber recibido los frutos benditos de la cruz de Cristo que son de tanto valor para los pecadores indignos y merecedores del infierno.

De esta posición, no me moverán ni calumnias ni persecución. Dejemos que los enemigos de la cruz calumnien todo lo que quieran; dejemos que me traten como polvo bajo sus pies, como alguien indigno de vivir; dejemos que hagan lo que quieran; no podrán por esos medios taparme la boca ni impedir que me gloríe en la cruz de mi Señor Jesucristo. Y ésta es mi oración a Dios: Que en el momento de mi muerte, pueda yo recibir gracia y tener la habilidad de exclamar, aun con mis labios moribundos: 'lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo'.

III. APLICACIÓN:

A. Para quienes la cruz no es su gloria. Qué privilegiados serían todos los que se denominan cristianos, si pudieran decir con sinceridad:

“Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Pero, ¡ay, cuán pocos son aquellos cuya única gloria es la cruz de Cristo!

Ciertamente, no es la gloria de ustedes para quienes la cruz es piedra de tropiezo y locura. Por cierto, no lo es para ustedes los que se burlan, desprecian y maltratan a los que se glorían en ella. Por cierto, no para ustedes que se glorían en su abolengo, su sabiduría, su poder, sus riquezas, su honra, su gloria y en otras cosas del mundo. Por cierto, no de ustedes, cuya gloria es cometer pecados, servir a sus lascivias y vivir en conformidad con el mundo. Por cierto, no de ustedes los que se glorían en su vida buena y decente, y en la práctica fiel a su religión externa. Por cierto, no de ustedes que entienden algo de la cruz de Cristo, ustedes que con entusiasmo y palabras apropiadas hablan de la cruz más y mejor que muchos otros, pero que no tienen conocimiento de ella como el único medio de salvación [y] que nunca la han abrazado como creencia.

1) *Algunas preguntas.* Sé muy bien que estas palabras harán que se alarmen. Pero esperen un momento, sean sinceros, dejen que su conciencia conteste las preguntas. A cada uno le pregunto:

¿Alguna vez has aprendido a reconocer, por iluminación divina, lo miserable de tu estado y condición por naturaleza? ¿Has sido alguna vez consciente de que caíste en Adán, de que eres una criatura perdida que, como todo el mundo, eres culpable delante de Dios?

De hecho, ¿has sentido, realmente alguna vez, lo grande que son tus pecados y tu desgracia? ¿Has sentido alguna vez, la terrible carga de tu pecado? ¿Alguna vez te has golpeado el pecho diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc. 18:13)?

¿Alguna vez has aborrecido, verdaderamente, tu propia justicia y, como pecador digno de la muerte, recurrido a Cristo y buscado refugio en su muerte expiatoria? ¿Has, como un pecador según tu propia estimación, buscado ser justificado por la gracia de Dios? ¿Has abrazado la cruz de Cristo con los brazos de la fe?

¿Has tenido la experiencia de la reconciliación con Dios por medio de la cruz? ¿Has recibido el espíritu de adopción por lo que puedes decir: ¡Abba, Padre! (Ro. 8:15)?

Si no has vivido ninguna de estas experiencias, ¿qué valor tiene la cruz de Cristo para ti? ¿Qué puedes ver en ella que te cause glorificarte en ella?

2) *Si no pueden gloriarse en la cruz de Cristo*, entonces están sin Cristo, quien es la única gloria del pobre y miserable pecador, entonces no tienen participación en ninguno de los dones de salvación que Él mereció en la cruz. Entonces, se encuentran todavía bajo la ira de Dios, bajo el poder de Satanás y temiendo la muerte.

Si permanecen en este estado inconverso, entonces para su desgracia, se encontrarán que a la hora de la muerte, al acercarse el rey del terror, toda la gloria de ustedes se desvanece como humo. Morirán sin consuelo, apartados de Cristo, cuya cruz despreciaron y cuya salvación descuidaron.

¡Oh, si hicieran caso a esta advertencia! ¡Todavía están a tiempo! ¡La puerta de gracia sigue abierta! ¡La cruz de Cristo como único medio de salvación sigue siendo proclamada en el evangelio! ¿Seguirán despreciándola? ¿Seguirán gloriándose y confiando en esas cosas en que su alma inmortal no se puede gloriarse, en las que nunca encontrarán descanso? Por lo tanto, sea su oración que Dios les haga conocer su verdadera condición. En la respuesta a esa oración verán más razón para entristecerse que para gloriarse. Será entonces cuando la cruz de Cristo será más preciosa y necesaria para ustedes.

B. En cuanto a ustedes, pueblo de Dios, aunque son despreciados por el mundo, tienen abundantes razones para gloriarse mucho más que ellos. ¿Se jactan de su abolengo? El de ustedes es más noble porque ison nacidos de Dios! ¿Se jactan de su posición honorable en el mundo? La de ustedes es mayor: ¡La de ustedes es de sacerdocio real y reinarán eternamente como reyes! ¿Se jacta el mundo de grandes riquezas? Ustedes son más ricos; el tesoro de ustedes está en el cielo, todo es de ustedes; ¡Dios es eternamente su porción! ¿Se jacta el mundo de gran gloria, paz y prosperidad? Ustedes pueden gloriarse en la esperanza de gloria eterna, paz eterna y prosperidad perpetua.

1) *Los que se lamentan más que gloriarse*: Por todo eso, no se avergüencen cuando el mundo los desprecia, en cambio, avergüéncense de que tan pocas veces dejan oír su gloria, que se lamentan más de lo que se glorían. Quizá estén pensando: “Si al menos supiera que tengo una razón auténtica para gloriarme en Cristo y su cruz, por cierto que testificaría sin importarme todas las calumnias que el mundo me lanzara. Pero me encuentro tan cargado bajo el peso de mi pecado, que ni me atrevo a levantar mi vista al cielo. ¿Puedo gloriarme en la cruz de Cristo, yo que no me atrevo a creer que sufrí y murió por mí?”.

Cierto es que no pueden gloriarse en nada aparte de Cristo y su justicia. Aparte de Cristo, no pueden tener paz, ni descanso ni ninguna razón

para gloriarse. Aparte de Cristo, Dios es un fuego que consume. Sin embargo, ¿qué los excluye a *ustedes*? ¡Sólo su corazón incrédulo! ¡Se centran más en lo grande de su pecado que en la justicia perfecta de Cristo! Sus pecados debieran impulsarlos a acercarse a Cristo “a quien Dios puso como propiciación¹¹ por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Ro. 3:25). ¡No permitan que su pecado, su incredulidad los mantengan apartados de Cristo! Él llama que vengan a él los cansados y cargados, y les promete paz y descanso. Corran, pues, con todos sus pecados, a la cruz de Cristo. Allí verán borrado lo escrito contra ustedes y a Dios satisfecho, y allí, el amor de Cristo causará que su corazón arda tanto de amor que no podrán dejar de gloriarse en la cruz de Cristo.

2) *Y ustedes, quienes por la gracia de Dios han aprendido a gloriarse en la cruz*, no se queden en silencio. No se limiten a gloriarse, si no que sea visto en sus acciones y su conversación que, de verdad, todo lo del mundo ha sido crucificado para ustedes y ustedes para el mundo. Oren pidiendo que no sean tentados por nada en el mundo a volver a conformarse a él, sino que sea crucificado cada día más para ustedes en su corazón. No se sorprendan de que el mundo los aborrezca y desprecie. Ésta es la marca que caracteriza a todos los que luchan bajo el estandarte de Cristo, a todos los que están en el camino al cielo. Las Escrituras les dice: “En el mundo tendréis aflicción” (Jn 16:33). Es un honor y un privilegio ser maltratados en el nombre de Cristo.

Gloríense pues, a pesar del mundo, ¡en la cruz de Cristo! Y el deseo de mi corazón es que cuando estén dando su último aliento, el Señor les conceda fe y capacidad para proclamar la gloria de la gracia inmerecida: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Amén.

Solomon Duytsch (1734-1794): Pastor húngaro; nacido en una familia judía, se convirtió a Cristo y luego fue pastor de una iglesia en Mijdrecht, Holanda; nacido en Temiswar, Hungría.



¹¹ **Propiciación** – La palabra se usa en referencia a la ira o el descontento de Dios. *Propiciar* es satisfacer la justicia divina y así aplacar su ira. En el uso bíblico del vocablo, la justicia de Dios es satisfecha por el sacrificio propiciatorio (Morton H. Smith, *Teología sistemática [Systematic Theology]*, Tomo 1, 282).

LA PASIÓN DE CRISTO

Thomas Adams (1583-1653)

“Se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”
(Efesios 5:2).

ESTA última parte del versículo es un crucifijo hermoso y refulgente, tallado por un escultor de gusto muy exquisito; no para deleitar nuestros sentidos con un trozo de madera, bronce o piedra, curiosamente grabado para aumentar una devoción carnal, sino para presentar a nuestra conciencia la dolorosa pasión y la generosa compasión de Jesucristo, nuestro Salvador quien “se entregó a sí mismo por nosotros...”. Este crucifijo nos presenta siete puntos importantes. Cada uno está tan listo para nuestro diálogo como lo estaba el camino desde Betania hasta Jerusalén: Quién da, qué da, quién es dado, a quién, por quién, la manera de darlo [y] el efecto de lo que da.

I. QUIÉN DA: La persona que da es *Cristo*. La calidad de su persona demuestra claramente su gran amor por nosotros.

A. Ascenso: Al considerar nuestro tema, ascenderemos por cuatro escalones o niveles, y descenderemos por otros cuatro. Tanto en el ascenso como en el descenso, percibiremos el amor admirable del Dador.

1. Lo consideraremos como un *hombre*: “¡He aquí el hombre!” (Jn. 19:5), dice Pilato. Podríamos detenernos y pensar en el grado más bajo en que alguien daría su vida por otro. “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo” (Ro. 5:7). Pero este Hombre se dio a sí mismo por los pecadores para morir, no una muerte común, sino una muerte dolorosa, exponiéndose a la ira de Dios [y] a la tiranía de los hombres y los demonios. Nos destruiría el corazón ver a una pobre bestia muda tan aterrorizada ante una muerte así, ¡cuánto más al Hombre, la imagen de Dios!

2. El segundo nivel lo presenta como un *hombre inocente*. Pilato pudo decir: “No he hallado en este hombre delito alguno” (Lc. 23:14); no, ni tampoco Herodes. No, tampoco el diablo, quien hubiera estado muy contento con tal ventaja. Igualmente, la esposa de Pilato, quien le mandó decir a su marido: “No tengas nada que ver con ese justo” (Mt. 27:19). Vemos que la Persona no es sólo un hombre, sino también un hombre justo quien se dio a sí mismo para sufrir semejantes dolores por nosotros. Si nos da lástima la muerte de malhechores, ¡cuánta compasión deberíamos sentir por un inocente!

3. El tercer nivel indica que, no sólo es un hombre y uno bueno, sino también un *gran hombre*, descendiente real de los antiguos patriarcas y reyes de Judá. Eso fue lo que escribió Pilato en su título y respondió cuando lo increparon: “Lo que he escrito, he escrito”. ¿Y qué era eso? “Jesús nazareno, *Rey de los judíos*” (Jn. 19:19-22). Tal como es la persona es la pasión: cuánto más noble es el dador, más excelente es el regalo. Que un Rey tan excelso sufra tales desprecios y abusos, cuando la parte más pequeña de sus ignominias hubiera sido excesiva para un hombre infame; que un hombre, un buen hombre, un gran hombre soportara tales calumnias, tales calamidades en nuestro lugar, demuestra un amor inigualable e indescriptible.

4. Esto podría ser suficiente, pero no es todo. Hay todavía un nivel más alto en este ascenso. Es éste: Él era más que un hombre, no sólo el más grande de los hombres, sí, *más grande que nadie*. Era más que el Hijo del hombre; [era] el Hijo de Dios. Como lo reconociera el centurión: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mr. 15:39).

Estos son los cuatro escalones ascendientes: Un hombre, un hombre inocente, un hombre magnífico, pero más que un hombre; más bien Dios mismo. Salomón era un gran rey, pero aquí tenemos [Uno] más grande que Salomón. Salomón era *Christus Domini*, pero éste es *Christus Dominus*¹². Aquel fue el ungido por el Señor, pero éste ungido es el Señor mismo. Y aquí todas las bocas enmudecen, y la admiración sella todo labio. Ésta es una profundidad sin fondo. Quizá usted oiga esto aletargado y no le afecte; pero déjeme decir que principados y poderosos, ángeles y serafines¹³ se maravillaban ante esta realidad.

B. Descenso: Vimos el ascenso. ¿Podemos tocar el tema considerando el descenso del mismo número de escalones?

1. Consideremos a Dios todopoderoso, tomando la naturaleza del hombre. Éste es el primer nivel en el descenso: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14). Y “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer” (Gá. 4:4). Hizo esto tomando nuestra naturaleza, no despojándose de la suya. La humanidad está unida a la Deidad, pero la Deidad no se disocia de sí mismo. Es tanto Dios como hombre, no obstante, un solo Cristo. Primero, no por algún proceso con ciertas sustancias, sino por la unidad de la persona. Ahora bien, en el hecho de que este Dios eterno se hizo hombre, sufrió más de lo que puede sufrir el hombre, ya sea vivo o muerto. El que el hombre se convierta en bestia, en gusano, en

¹² *Christus Domini...Christus Dominus* – el ungido por el Señor...el Señor ungido.

¹³ **Serafinos** – Criaturas vivientes con cinco alas, manos y pies, y una voz (presumiblemente) humana, vistos en la visión de Isaías sobrevolando el trono de Dios.

polvo o en la nada, no es una humillación tan grande como el hecho de que nuestro Dios glorioso se haga hombre. Aquel que “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo,... [fue] hecho semejante a los hombres” (Fil. 2:6-7). Aquel que tenía “más excelente nombre que” los ángeles, se hizo menor que ellos (He. 1:4). Hasta la luminosidad de la gloria de Dios asumió la bajeza de nuestra naturaleza; y Él, quien puso el fundamento de la tierra e hizo al mundo, está ahora en el mundo que Él mismo hizo¹⁴. Éste el primer nivel en el descenso.

2. El segundo escalón lo lleva aún más abajo. Se hizo hombre, pero ¿qué tipo de hombre? ¿Un monarca universal que recibe fidelidad y honra de parte de reyes, emperadores y virreyes? Una majestad digna del Hijo de Dios sería que Él domine sobre coronas y cetros teniendo a los príncipes como parte de su corte; pero es lo contrario, vino “tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (Fil. 2:7). Nos enseña humildad por medio de su propio ejemplo. “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Mt. 20:28). “Pusiste sobre mí la carga de tus pecados” (Is. 43:24). Se dio para ser un siervo, no un amo. Él, que es el Hijo de Dios, se hizo siervo del hombre. Lo hizo para que el hombre, orgullosamente ciego y ciegamente pobre, pudiera tener un siervo como el Hijo del Creador. Éste es el segundo paso hacia abajo.

3. No es todavía suficientemente bajo. “*Yo soy gusano, y no hombre*” (Sal. 22:6), dice el salmista en la persona de Cristo; sí, vergüenza del hombre y desprecio del pueblo. Es llamado Rey de gloria: “Alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria” (Sal. 24:7). Pero Isaías dice: “Despreciado y desechado entre los hombres... fue menospreciado, y no lo estimamos” (Is. 53:3). Cuánta fue la misericordia de Dios que esos dos se acercaran tan íntimamente el uno al otro: El Rey de gloria y la vergüenza del hombre; cuanto más elevada es la majestad, más hermosa es la humildad. Dice el Apóstol: “Se despojó a sí mismo...” (Fil. 2:7). Aquel que merece todo el honor que le corresponde, no se hace a sí mismo de poca importancia, sino sin ninguna reputación.

Aquí estaba el abatimiento, sí, aquí estaba el rechazo. Ya desde su pobre cuna, los pobladores de Belén lo rechazan; el pesebre tiene que bastarle, no hay lugar para Él en el mesón. Sí, “a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:11). Todo Israel es demasiado peligroso para Él; está contento de poder huir a Egipto para tener protección. Luego viene a Jerusalén, a la tierra que había honrado con su presencia, enseñado con

¹⁴ **Él mismo hizo** – Esto es, “hizo” por el poder del Espíritu Santo en el vientre de María.

sus sermones, sorprendido con sus milagros y empapado con sus lágrimas y ¿qué le pasa? ¡Lo rechazan! “Cuántas veces quise juntar a tus hijos... y no quisiste” (Mt. 23:37). ¿Viene a sus familiares? Lo insultan y calumnian, avergonzados de su parentesco. ¿Viene a sus discípulos? “Volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Jn. 6:66). ¿Permanecerán los apóstoles con él? Así dicen: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6:68). No obstante, uno lo traiciona, otro lo niega, todos lo abandonan! Y dejan a Jesús solo, en medio de sus enemigos. ¿Puede haber aún más maldad para agregar a tanto desprecio? Sí, lo crucifican entre malhechores, la calidad de sus acompañantes agrega a su deshonra. En medio de ladrones, como si fuera el príncipe de los ladrones. Dice Lutero: Él, que “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”, es hecho igual a ladrones y homicidas; sí, como si fuera su capitán. Éste es el tercer escalón.

4. Pero tenemos que descender todavía más. He aquí el escalón más bajo y el peor rechazo. “Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor” (Lm. 1:12). “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Is. 53:10). Ninguna carga parece pesada cuando el bálsamo de Dios ayuda a soportarla. Cuando Dios da consuelo, las aflicciones arremeten inútilmente contra nosotros, pues no nos vencen. Pero ahora, al rechazo de todos los que hemos nombrado, agregamos el del [Padre] que le da la espalda como si fuera un extraño, el [Padre] lo hiere como a un enemigo. [Jesús] clama: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Sal. 22:1). ¡Cómo pueden el sol y las estrellas, cielo y tierra mantenerse mientras escuchan la queja de su Hacedor! La disposición en su contra era profunda. No encontramos burlas, ni insultos, ni mofas, ni imprecaciones en contra de ellos. No tenían más que dolor. En cambio, [Él] era objeto, tanto de vilipendios como de tormentos. Las burlas y los desprecios, como descargas de un arma letal indignan su alma buena. Todos sus enemigos disparan sus descargas mortales: judíos, soldados, perseguidores y, aun los agonizantes malhechores, lo atacan. Su sangre los condena, pero nos les importa. Los discípulos no son más que hombres débiles, los judíos perseguidores crueles, los demonios enemigos maliciosos. Todos estos no hacen más que maldades. Pero lo peor de todo es [que] Dios lo olvida y lo abandona en medio de su sufrimiento. Consideremos profundamente todas las circunstancias y podremos contemplar, realmente, a la Persona que se dio a sí misma por nosotros.

II. QUÉ DA: Llegamos a la acción. El hecho de que se dio, es la prueba más contundente de que fue por su propia voluntad, y lo confirma Jesús mismo cuando declara: “*Yo pongo mi vida...* Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para

volverla a tomar” (Jn. 10:17-18). El que nos dio vida a nosotros, dio su propia vida por nosotros. No la vendió, alquiló ni prestó, sino que la dio. Él fue ofrecido porque Él se ofrecería... llega por su propia voluntad y lo hace con celeridad, ninguna resistencia humana pudo impedirle que lo hiciera. Ni los montes de nuestras debilidades imperceptibles, ni las montañas de nuestras peores iniquidades pudieron detener su paso lleno de misericordia hacia nosotros.

Dio su vida; ¿quién lo habría de lamentar? A todas las fuerzas armadas del sumo sacerdote las enfrentó sólo con palabras: “Yo soy” (Jn. 18:5-6) y con esto se retiraron y volvieron atrás; su simple aliento los dispersó a todos. Le hubiera sido igual de fácil mandar que fuego del cielo los consumiera o vapores de la tierra los asfixiara; Él, quien controla los demonios fácilmente, los hubiera vencido. Más de doce legiones de ángeles estaban a sus órdenes y todos capaces de vencer a los hombres. Permite [a sus enemigos] que lo lleven, sí, con el poder de darle muerte; y sin que ellos sean conscientes de la verdad, Él tiene poder sobre sus detractores, pero no lo usa. Aun ante Pilato, en medio de sus burlas, le dice: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” (Jn. 19:11). Lo que lo impulsa es su propia fuerza, no sus adversarios. Podría haber sido puesto en libertad, pero no *quiso*... Era necesario que perdiera la vida y la perdió voluntariamente. A pesar de todo el mundo, podría haber mantenido a su alma dentro de su cuerpo, pero no *quiso*... El hombre no podía despojarlo de su espíritu; por lo tanto, lo entregó... sufrió la muerte *voluntariamente*; aunque no fue un mártir más. Oró tres veces “aparta de mí esta copa”... Pero,... voluntariamente se somete a beber la copa: “Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Mr. 14:36)... Entonces Cristo, a causa de su voluntad natural, temía a la muerte, pero razonando, percibiendo que las heridas, que la crucifixión de la Cabeza resultaría en la salud de todo el cuerpo (su Iglesia), que Él tenía que sangrar en la cruz o nosotros tendríamos que arder en el infierno, se entrega, voluntaria y gustosamente, como ofrenda y sacrificio a Dios por nosotros.

¿Pero era sólo una muerte temporal a lo que nuestro Salvador temía? No. Veía la ira feroz de su Padre y, por lo tanto, temía. Muchos hombres resueltos, no se han acobardado ante la muerte; diversos mártires han soportado con valentía tormentos extraños. Pero ahora, cuando el que les dio valentía, tiembla ante la muerte, ¿diremos que era un cobarde? Ay, aquello que comúnmente vence al hombre, no le hacía mella a Él; lo que Él temía era algo que ningún mortal, fuera de Él, había sentido. Lo que ha atemorizado a muchos miles de hombres, no era tanto para Él como para sentir temor.

Él vio lo que ninguno vio: ¡*La ira de un Dios infinito!* Comprendía perfectamente lo que le causaba temor: Nuestro pecado y tormento. Vio el fondo de la copa. ¡Qué amarga era cada gota en ella! Comprendía perfectamente la carga que tomamos a la ligera; los hombres no temen el infierno porque no lo conocen. Si pudieran ver a través de esa puerta abierta los horrores insoportables de ese hoyo, sentirían escalofríos hasta los huesos. Veía esta carga insoportable: Que la esponja de la venganza era exprimida sobre Él y tenía que beberla hasta la última y más pequeña gota. Tenía que cargar con cada una de nuestras iniquidades hasta estar como “carro lleno de [apretadas] gavillas” (Am. 2:13). Y con toda esta presión, tiene que montar el carro de la muerte —la cruz— y sufrir allí hasta haber consumado su obra, por eso, al final de su sacrificio en la cruz, dijo: “Consumado es” (Jn. 19:30).

El filósofo dice que el sabio en desgracia es más miserable que el necio en desgracia porque comprende su desgracia. [De la misma manera] los dolores de nuestro Salvador se agravaron por la magnitud de su conocimiento. Bien podía haber dicho como el salmista: “He llevado tus terrores, he estado medroso” (Sal. 88:15). Este pensamiento sustrajo de Él esas [gotas] de sangre (Lc. 22:44). Había derramado lágrimas por nuestras faltas; ahora, todo su cuerpo las derrama, no como las del rocío; sino que sus lágrimas son gotas sólidas de sangre. Sangró por las espinas, los azotes y los clavos, pero no con tanto dolor como este sudor. La violencia externa causó aquello; este llanto lo causó lo extremo de la realidad en la que centra sus pensamientos. Aquí pues, tenemos la causa de su temor: Vio nuestra destrucción eterna, si acaso no hubiera habido otra causa para su dolor. Vio los horrores que tenía que sufrir para rescatarnos; de allí sus lamentos, lágrimas, gritos y sudor; no obstante, su amor venció a todo. Por naturaleza, podía haber optado por no beber esta copa. Por amor a nosotros, la tomó voluntariamente. Lo que se había propuesto, eso cumplió. Y ahora para testimonio de su amor, dice mi texto, Él se dio libremente.

III. ¿QUIÉN ES DADO?

A. Quién no es. Ésta es la tercera circunstancia, la dádiva: *Él mismo*. No un *ángel* porque un ángel no puede mediar debidamente entre una naturaleza inmortal ofendida y una naturaleza mortal corrupta. Los ángeles gloriosos son benditos, pero finitos y limitados y, por lo tanto, incapaces para realizar esta expiación. No pueden “compadecerse de nuestras debilidades” (He. 4:15) como puede compadecerse el que fue de nuestra propia naturaleza, habiendo sido tentado igual que nosotros, pero sin pecar.

Tampoco los *santos* porque ellos no tienen más aceite que para sus propias lámparas. Tienen suficiente *para* ellos mismos, mas no *de* sí mismos – [éste procede] todo de Cristo, pero [no] hay nada que sobre—. Los necios claman: “Danos de tu aceite”. [Los santos] responden: “Para que no nos falte a nosotr[o]s y a vosotr[o]s, id más bien a los que venden, y comprad para vosotr[o]s mism[o]s” (Mt. 25:9). No pueden hacer nada para solucionar el problema del pecado, puesto que son ellos mismos culpables de pecado y, por naturaleza, dignos de condenación. Idólatras miserables que les imponen este honor contra su voluntad, ¡cómo quisieran que no les dieran tan sacrílega gloria!

No las *riquezas del mundo*: “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata” (1 P. 1:18). Si se juntaran las riquezas del viejo mundo con las del nuevo mundo, si se vaciaran las vetas de la tierra de sus metales más puros, no sería suficiente para Dios, cuesta mucho más redimir a las almas. “Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate” (Sal. 49:6-7)...

Ni la *sangre de machos cabríos ni de becerros* (He. 9:12). ¡Ay! esos sacrificios legales no eran más que muestras mudas de esta tragedia, sólo figuras de esta oblación¹⁵, presentando místicamente a su fe ese “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Este Cordero ya era representado en los sacrificios de la Ley y es presentado ahora en las [ordenanzas] del evangelio, sacrificado, de hecho, desde el principio del mundo. ¿Quién tenía poder para beneficiarnos antes que Él, Él mismo como ser humano? Ninguno de estos serviría.

¿A quién dio entonces? Se dio a sí mismo, quien era Dios y hombre, a fin de que participando de ambas naturalezas, pudiera ser un mediador perfecto entre nuestra mortalidad y la inmortalidad de Dios. Tomó su lugar entre el hombre mortal y el Dios inmortal, mortal con los hombres y justo con Dios. Como hombre sufrió, como Dios satisfizo; como Dios y hombre salvó. Se dio a sí mismo enteramente y a sí mismo solamente.

B. A sí mismo enteramente: *Él mismo, toda su persona*, alma y cuerpo, divinidad y humanidad. Aunque la Deidad no podía sufrir, en cuanto a la unión personal de estas dos naturalezas en un Cristo, la pasión misma es atribuida, de alguna manera, a la divinidad. Es así que, refiriéndose al Señor, dice que dio “su propia sangre” (Hch. 20:28) y que fue “crucificado” el “Señor de gloria” (1 Co. 2:8). La distinción aquí es clara. Dio enteramente a Cristo, aunque no todo de Cristo; como solo Dios, no lo

¹⁵ **Oblación** – Ofrenda o sacrificio que se ejecuta a Dios.

haría, y como solo hombre, no podía hacer esta satisfacción por nosotros. La Deidad no está sujeta al sufrimiento ni al dolor, no obstante, era imposible que sin esta Deidad se cumpliera la obra de nuestra salvación. Si alguien se pregunta cómo su humanidad podía sufrir sin violentar a la Divinidad, siendo que están unidos en una persona, podrá comprenderlo por medio de la siguiente comparación. Los rayos del sol brillan en un árbol, el hacha corta y echa a tierra al árbol, pero no puede dañar a los rayos de sol. De la misma manera, la Divinidad todavía permanece sin sufrir daño, aunque el hacha de la muerte mató al humano. Su cuerpo sufrió el dolor y la espada; su alma [sufrió] el dolor, no la espada; su Deidad no [sufrió] ni el dolor ni la espada. La divinidad estaba en la persona que sufrió, pero no sufrió ella misma.

C. A sí mismo solamente: Se dio a sí mismo solamente, sin compañero ni consolador alguno.

1. *Sin un compañero* con quien compartir su gloria o nuestra gratitud, de la cual es, con razón, celoso. Los sufrimientos de nuestro Salvador no necesitan ayuda... No, “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7) —la sangre de Él y sólo la de Él—. Oh bendito Salvador, cada gota de tu sangre puede redimir a un mundo que en ti cree.

Entonces, ¿qué? ¿Acaso necesitamos la ayuda de los hombres? ¿Cómo sería Cristo un Salvador perfecto, si algún acto de nuestra redención quedara para que algún santo o ángel la realizara? No, nuestras almas deben morir si la sangre de Jesús no las puede salvar. Y sea como sea, al error que aboga por los méritos de los santos, la conciencia abrumada clama: “Cristo ¡y nada más que Cristo; Jesús y sólo Jesús, misericordia, misericordia, perdón, consuelo en nombre de nuestro Salvador!”. “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12).

2. *Sin un consolador.* Tanto distaba Cristo de contar con alguien que compartiera su pasión que nadie había que (al menos) pudiera aliviar sus sufrimientos. La compasión es poco consuelo en una calamidad y, aun esto, le faltó. “¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?” (Lm. 1:12). ¿Para Cristo es tanto dolor y no es nada para ti? ¿[Es tu compasión] algo que no merece tu atención? Por naturaleza, el hombre desea y espera el bienestar y, si no lo logra, [desea] que lo compadezcan. “¡Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí porque la mano de Dios me ha tocado!” (Job 19:21). Cristo podría hacer el mismo pedido de Job, pero hubiera sido en vano: No hubo nadie para consolarlo, nadie que lo compadeciera. Sin embargo, es una mezcla un poco reconfortante, si otros se conmueven algo en su corazón por nuestra desgracia;

nos desean bien y nos dieran alivio, si pudieran. Pero Cristo, en sus peores momentos, ni siquiera un consolador tenía.

Los mártires han luchado con valentía bajo el estandarte de Cristo porque Él estaba con ellos para consolarlos. Pero cuando Él sufre, ningún alivio es permitido. Los peores tormentos encuentran algo de paliativo en los amigos y los consoladores. Cristo, después de su combate con el diablo en el desierto, contó con ángeles para atenderlo. En su agonía en el jardín, fue enviado un ángel para consolarlo. Pero cuando se trató del acto principal de nuestra redención, no apareció ningún ángel. Ninguno de esos gloriosos espíritus pudo mirar por las ventanas del cielo para darle ningún alivio. Y si [querían darle alivio], no podían; ¿Quién puede levantar lo que el Señor ha tirado abajo? ¿Qué cirujano puede curar los huesos que el Señor ha roto? A pesar de todo, su madre y algunos amigos allí estuvieron, observando, suspirando, llorando. ¡Ay! ¿Qué más hacen esas lágrimas que aumentar su dolor?

¿De quién puede esperar consuelo? ¿De sus apóstoles? ¡Ay! Ellos huyen. El temor por el peligro que ellos mismos corrían, anula la compasión por su desgracia. Entonces, ¿de quién? Los judíos eran sus enemigos y competían con los demonios en lo despiadados que eran. No tiene más refugio que su Padre. No, hasta su Padre está airado, y el que una vez dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17), está ahora muy airado. Esconde de [Cristo] su rostro, descarga su pesada mano sobre Él y lo abofetea con angustia. Así fue como [Cristo] se dio a sí mismo y a sí mismo solamente, por nuestra redención.

IV. A QUIÉN: *A Dios.* Ésta es la cuarta circunstancia. ¿A quién ofrecer este sacrificio de expiación, sino al que fue ofendido? Sin duda alguna es a Dios Padre; por eso decía el salmista: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos (Sal. 51:4). “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti” (Lc. 15:21). Todo pecado es cometido contra Él. Su justicia ha sido ofendida y tiene que ser satisfecha. ¿Con qué y [contra] quién está Dios airado? Con el pecado y nosotros y [con] nosotros por el pecado. Su ira es justa, se tiene que pagar un precio pero, ¿quién puede pagar ese precio? En Cristo no había pecado. ¿Actuará ahora Dios como Anás o Ananías? “Si he hablado mal”, dijo Jesús, “testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?” (Jn. 18:23). Y esto dijo Pablo a Ananías: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?” (Hch. 23:3). [De la misma manera,] Abraham implora a Dios: “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gn. 18:25), especialmente, a su Hijo, a ese Hijo que lo glorificó en la tierra y a quien ha glorificado ahora en el cielo. Debemos buscar la respuesta en

la profecía de Daniel: "... Se quitará la vida al Mesías, más no por sí..." (Dn. 9:26). ¿No para Él mismo? Entonces, ¿para quién? Para solucionar esto, debemos pasar al quinto punto y encontraremos...

V. POR QUIÉN: *Por nosotros.* Asumió nuestra deuda. Se hizo nuestro Garante. Y ahora el curso de la justicia puede proceder en su contra! Cualquiera que se compromete como garante y asume una deuda, tiene que estar de acuerdo con pagarla. Por tanto, ese Cordero inocente ha de ser sacrificado. "Por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). En tres versículos, el profeta Isaías recalca nueve veces que se trata de: nosotros, nuestros, nuestras (Is. 53:4-6). Todos nosotros estábamos enfermos, gravemente enfermos, cada pecado era una enfermedad mortal. Pero "llevó él nuestras enfermedades", dice el profeta. Fue nuestro médico; un *gran* médico. Todo el mundo estaba enfermo hasta la muerte y, por lo tanto, necesitaba un médico poderoso. Él lo era y recurrió a algo extraño para curarnos, pues no fue dándonos medicina, sino tomando Él la medicina por nosotros. Otros pacientes toman la medicina recetada, pero nuestro Médico la tomó Él mismo y haciéndolo, nos dio sanidad.

Él, que no tenía ninguna razón para sufrir ningún castigo, *sufrió por mí.* Oh, Señor Jesús, no sufriste por tus heridas, sino por *las mías.* Tan monstruosos son nuestros pecados que la mano de la Justicia sempiterna estaba presta para asestarnos un golpe fatal y final. No obstante, Cristo se interpuso entre el golpe y nosotros, y soportó durante horas aquello que nos hubiera hundido para siempre. Nosotros abusamos de la inmortalidad para muerte, en cambio, Cristo usó la mortalidad que tenía para nuestra vida. Nos amó [aunque nosotros] éramos sus enemigos. Aquí se manifestó el amor sin limitaciones ni imitaciones. "Misericordia inefable", dice Bernard¹⁶, "que el Rey de gloria eterna se ofreciera para ser crucificado por alguien tan miserable y despreciable, sí, un gusano; y no un gusano amante, no un gusano vivo; pues ambos lo aborrecíamos a Él y a lo suyo, y estábamos muertos en nuestros delitos y pecados" (Ef. 2:1)... El sacrificio de Cristo fue a gusto y ofrecido sin reservas. Fue tan profuso, que su sangre fue derramada en igual medida por el obrero en el campo, como por el príncipe en su palacio. El [llamado] de la salvación es general: A "los que entre vosotros teméis a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación" (Hch. 13:26). Así como no hay excepciones para los grandes, no la hay en lo que respecta a la desgracia

¹⁶ **Bernard de Clairvaux (1090-1153)** – Más reconocido teólogo de su época, escribió obras místicas, teológicas e himnos como *Oh sagrada cabeza, ahora herida (O Sacred Head Now Wounded)*.

del que no cree. El que no *cree ni cambia* será condenado, aunque sea rico; el que sí cree, aunque sea el más pobre de los pobres, será salvo.

Este punto particular del crucifijo, “por nosotros”, requiere una meditación más intencional. Sea lo que fuere que omitamos, no podemos excluir esto porque, ciertamente, la expresión “a nosotros”, nos recuerda a nuestra conciencia y nos habla eficazmente a todos nosotros todos los días: Es a mí y también a mis [lectores], a quien se refiere el profeta cuando dice: “Tú eres aquel hombre” (2 S. 12:7). Nosotros somos aquellos por cuya causa fue crucificado nuestro bendito Salvador. Por nosotros soportó esos duros azotes; por nosotros, para que nunca los suframos nosotros. Por lo tanto, nos hacemos eco de lo que dijo aquel padre [de la Iglesia]¹⁷: “Esté Él fijado en todo tu corazón, el que por ti fue fijado en la cruz”¹⁸.

A. Los fines por los que Cristo murió en la cruz. Consideraremos los usos que hemos de hacer de esto, dado los fines por los cuales Cristo murió. Sirve para salvarnos, para conmovernos y para mortificarnos.

1. *Para salvarnos*: Éste fue su propósito y su acción: Todo lo que hizo, todo lo que sufrió, fue para redimirnos. “Por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5). Por su sudor, somos nosotros refrescados; por su tristeza, podemos regocijarnos, por su muerte, somos salvos. Porque aquel día, que fue para Él el peor que jamás hombre alguno tuvo que vivir, fue para nosotros “el tiempo aceptable;... el día de salvación” (2 Co. 6:2). El día era malo en lo que toca a nuestros pecados y a los sufrimientos de Él, pero definitivamente, en lo que respecta a lo que Él pagó y lo que Él compró, [fue] un día bueno, el mejor de los días, un día de gozo y júbilo.

Pero si la salvación fue forjada para nosotros, tiene que ser eficazmente *aplicada* a nosotros, a cada uno de nosotros porque, el hecho de que algunos reciben más beneficios de su pasión que otros, no es culpa de quien la sufrió, sino de los que no la aplican a su propia conciencia. Pero, no sólo tenemos que creer este texto en general, sino que cada uno tome un puñado de esta gavilla y póngalo en su propio pecho, convirtiendo este “*por nosotros*” en “*por mí*”. Como dijo Pablo: “Vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual *me* amó y se entregó a sí mismo por *mí*” (Gá. 2:20).

¹⁷ **Padre [de la Iglesia]** – Uno de los alrededor de 70 teólogos en el periodo desde el segundo al séptimo siglo, cuyos escritos influyeron sobre la doctrina de la Iglesia primitiva.

¹⁸ **Agustín de Hipona** – De la santa virginidad (*Of Holy Virginity*) en Una biblioteca selecta de los padres nicenos y post-nicenos de la Iglesia cristiana (*A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*), Primera serie: San Agustín: De la Santa Trinidad, tratados doctrinales, tratados morales (*St. Augustin: On the Holy Trinity, Doctrinal Treatises, Moral Treatises*), ed. Philip Schaff, tomo 3, 437.

Bendita fe, que pone el plural *nosotros*, en el alma individual, en *mí*. Todos somos rebeldes, culpables y condenados por la Ley suprema; la muerte nos espera para arrestarnos y la condenación para recibirnos. ¿Qué hemos de hacer sino orar, rogar, clamar, llorar hasta poder conseguir que nuestro perdón sea sellado en la sangre de Cristo y que cada uno encontremos en nuestra propia alma el testimonio seguro de que Cristo se entregó por *mí*?

2. Esto debiera *conmovernos*. Todo esto fue hecho por nosotros y ¿no hemos de emocionarnos? “¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido” (Lm. 1:12). ¿Acaso toda su agonía, sus gemidos, lágrimas, quejidos y golpes no le fueron infligidos por nosotros? ¿No sufrió todo esto por nosotros y no hemos de sufrir por nosotros mismos? Por nosotros mismos, digo; no tanto por Él. Dejemos que su pasión *nos mueva a la compasión*, no sus sufrimientos (¡ay! condolernos por Él no hace nada por Él), sino por nuestros pecados que los *causaron*. “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos” (Lc. 23:28). Por nosotros mismos, no por los dolores de Él que ya pasaron, sino por los que debieran haber sido nuestros (a menos que nuestra fe lo ponga [a Cristo] en nuestro lugar) y lo serán.

¿Llorará Él por nosotros y nosotros no hemos de gemir? ¿Beberá Él esa copa de dolor tan profundamente por nosotros y no hemos de comprometernos nosotros con Él? La ira de Dios, ¿no lo hace gritar de dolor y los siervos por quienes sufrió, no temblarán? Cada criatura parece sufrir con Cristo —sol, tierra, rocas, sepulcros— sólo el hombre por quien Cristo todo lo sufrió, no sufre nada. Su pasión, ¿no rompió el velo, partió las rocas, hizo temblar la tierra, abrió los sepulcros y, a pesar de eso, seguirán nuestros corazones más duros que esas criaturas insensibles que no pueden ser penetrados? ¿No sufrieron con Él, el cielo y la tierra, el sol y los elementos naturales, y nosotros permanecemos impasibles? Nosotros, hombres miserables que somos, fuimos los principales culpables de este homicidio de Cristo, mientras que Judas, Caifás, Pilato, los soldados y los judíos fueron los que sirvieron como verdugos para llevarlo a la cruz, convirtiéndose así en cómplices de su muerte. Es posible que queramos deslindarnos de nuestra culpabilidad y echarla sobre los judíos por este acto atroz, pero el verdugo no es el que tiene la culpa de la ejecución. Los pecados, *nuestros* pecados, ¡fueron los homicidas! De nosotros sufrió y por nosotros sufrió. Juntemos esos dos pensamientos y digamos si no hay razón para que su pasión nos conmueva.

Aun así, nuestros corazones son tan duros que, ni siquiera, podemos aguantar una hora de sermón sobre este tremendo asunto. ¡Cristo pasó

horas muriendo por nosotros, y nosotros no podemos sentarnos una hora para escucharlo! Ay de nosotros que nos molestamos por el calor o el frío mientras escuchamos acerca de estos misterios celestiales, mientras que Él soportó por nosotros tanto calor, tanto sudor convertido en sangre, tanta agonía que, a través de su carne y su piel, suda gotas de sangre. Desde la cruz derrama lágrimas de sangre y nosotros, ¿no podemos derramar lágrimas de agua por nosotros mismos? ¡Ay! ¿Cómo moriríamos nosotros por Él, como murió Él por nosotros, cuando nos cansamos de escuchar lo que hizo por nosotros?

3. Esto debiera *mortificarnos*. Cristo se entregó a sí mismo para morir por nuestros pecados y, por ese sacrificio, librarnos de la muerte que es la paga del pecado. Vino, no sólo para destruir al diablo, sino “para deshacer las obras del diablo” (1 Jn. 3:8). Tampoco, quitó sólo el poder del pecado para condenarnos, sino también su poder para regir y reinar en nosotros (Ro. 6:6, 12). Así como la muerte de Cristo satisface la justicia de Dios por nuestras faltas, mata en nosotros la voluntad de hacer lo malo. Cristo sufrió en todo sentido para que en todo sentido seamos mortificados. Sus sufrimientos fueron tantos que los hombres no los pueden contar, ni los ángeles saber su naturaleza, ni hombres ni ángeles conocer su medida. Su pasión tuvo un final, nuestros pensamientos no lo tienen.

B. Sufrió en todos los sentidos por nosotros: En todo momento, en todas partes, en todos sus sentidos, en todos sus miembros y también, en cuerpo y alma. Y todo por nosotros.

1. En *todo momento*. En su infancia por la pobreza y por Herodes; en el apogeo de sus días por los poderes de la tierra, por los poderes del infierno –sí, aun por los poderes del cielo–. De día, le falta alimento; de noche, una almohada. Aun aquel gran tiempo santo de la Pascua, está destinado para su muerte. Cuando debieran sacrificar el cordero pascual¹⁹ por agradecimiento, dan muerte al Cordero de Dios por maldad. Admiran la sombra, pero condenan la sustancia. Todo por nosotros, para que en todo tiempo nos reconforte. Por eso, el Apóstol dulcemente [dice]: “Murió por nosotros para que ya sea que veamos, o que durmamos, vivamos juntamente con él” (1 Ts. 5:10).

2. En *todas partes*. En la cuna por esa Zorra²⁰ (Lc. 13:32), en las calles por los ladrones, en la montaña por los que lo hubieran arrojado de allí de cabeza, en el templo por los que “tomaron... piedras para arrojárselas” (Jn. 8:59). En la casa del sumo sacerdote por los custodios, en el patio por los traicioneros, en el camino agobiado con su cruz. Por último, en

¹⁹ **Cordero pascual** – Cordero sacrificado en la celebración judía de la Pascua.

²⁰ **Zorra** – Se refiere a Herodes.

el Calvario, un lugar vil y maloliente, entre huesos de malhechores crucificados. Y todo esto, por nosotros, para que la misericordia nos proteja en todas partes.

3. En todos los *sentidos*. Porque su sentido del gusto es afectado por la hiel y el vinagre; ¡un trago amargo para un moribundo! Con su sentido del tacto fue peor: los clavos clavados en sus manos y sus pies, partes muy susceptibles al dolor por ser las partes con nervios más sensibles del cuerpo. Sus oídos están llenos de insultos blasfemos de la multitud salvaje. No a Él, sino a Barrabás, le gritan a Pilato, prefiriendo la libertad de un asesino, antes que la de un Salvador. ¿Leerás los discursos objetivamente a su audiencia²¹? (Ver Mt. 27:29, 39, 42, 44, 49). En todo, consideremos la blasfemia de ellos y la paciencia de Él. En cuanto a su vista, ¿hacia dónde se puede mirar y no ver motivos de aflicción? Por un lado, el escarnio de sus enemigos llenos de malicia y, por el otro, el llanto y los lamentos de su madre, cuyas lágrimas hieren su corazón. Si hubo uno de los sentidos menos afectados, sería el del olfato, aunque los huesos putrefactos alrededor del Calvario no pueden haber tenido un olor nada agradable.

Fue así que todos sus sentidos estuvieron involucrados en su sufrimiento. Ese gusto que debiera deleitarse con el vino de la viña “que se entra suavemente”, recibe vinagre. Busca buenas uvas, pero he aquí “uvas silvestres”²² (Is. 5:4). Espera vino, recibe vinagre. El olfato que debiera ser refrescado con el olor fragante de las especias, la piedad de sus santos está llena de la fetidez de las iniquidades. Esas manos destinadas a llevar el cetro de los cielos, llevan en cambio la vara de reproche y sufren los clavos de la muerte. Esos ojos que eran “como llama de fuego” (Ap. 1:14) que, en comparación, el sol mismo era oscuridad, tienen que contemplar objetos de vergüenza y tiranía. Esos oídos, que se deleitan cuando los cantores celestiales entonan sus notas más dulces, tienen que oír las burlas y los insultos blasfemos.

¡Todo esto por nosotros! No sólo para pagar el precio por esos pecados que nuestros sentidos han cometido, sino para mortificar esos sentidos y preservarlos de sus pecados; para que nuestros ojos ya no se llenen de adulterios ni lancen miradas envidiosas a los bienes de nuestros próji-

²¹ **Discursos... audiencia** – Los discursos que fueron el objeto de su juicio.

²² **Uvas silvestres** – Es decir, uvas agrias.

mos, para que nuestros oídos no permitan ni se deleiten en escuchar obscenidades, conjuraciones de Satanás²³. Para que el pecado que cometemos con todos nuestros sentidos, muera, para que se agote el veneno y nuestros sentidos sean purificados.

4. En todos sus *miembros*. Observemos ese cuerpo bendito, concebido por el Espíritu Santo y nacido de una virgen pura: está cubierto de azotes, ha sido martirizado, torturado, mutilado. ¿Qué partes se podrían encontrar libres [de torturas]? Empezando por su cabeza: esa cabeza, que los ángeles reverencian, está coronada de espinas. Ese rostro, “el más hermoso de los hijos de los hombres” (Sal. 45:2) tiene que aguantar los repugnantes escupitajos de los inmundos judíos. Sus manos, que hicieron los cielos, están extendidas y clavadas a la cruz. Los pies, que pisaron el cuello de sus enemigos y de los nuestros, sienten el mismo [dolor]. Y la boca es abofeteada, esa boca que habló como “jamás hombre alguno ha hablado” (Jn. 7:46).

Efectivamente, todo esto por nosotros. Su cabeza sangró por los perversos pensamientos de la nuestra. Su rostro se cubrió de secreciones por las blasfemias impúdicas que escupimos contra el cielo. Sus labios sufrieron aflicción para que, en adelante, de los nuestros brotaran palabras con sabor agradable. Sus pies sangraron para que los nuestros no se apresuraran a derramar sangre. Todos sus miembros sufrieron por los pecados de todos nuestros miembros, para que ya no fueran esclavos del pecado, sino para que presentemos nuestros “miembros para servir a la justicia” (Ro. 6:19). Se contaminó con nuestra saliva para poder lavarnos. Estuvo con los ojos vendados para quitar el velo de ignorancia de nuestros ojos. Permitió que le hirieran la cabeza para poder renovar la salud de todo el cuerpo.

Seis veces leemos que Cristo derramó su sangre: 1. Cuando a los ocho días fue circuncidado, se derramó su sangre. 2. En su agonía en el jardín, sudó gotas de sangre. 3. Cuando fue azotado, cuando sus atormentadores sin misericordia hicieron brotar sangre de su costado sagrado. 4. Cuando fue coronado de espinas, esos cortantes agujijones que rastrillaron y destrozaron su frente bendita haciéndola sangrar. 5. Cuando sus manos y sus pies fueron traspasados al ser crucificado, brotó sangre como de un manantial. 6. Por último, después de su muerte: “Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Jn. 19:34). Todos sus miembros²⁴ sangraron para evidenciar que ofreció su

²³ **Obscenidades... Satanás** – Cuentos y bromas obscenas y sensuales, que tienen un efecto poderoso y satánico sobre los escuchas; es decir, la naturaleza humana caída es atraída por la conversación sensual como si tuviera un poder mágico.

²⁴ **Miembros** – Es decir, miembros del cuerpo físico de Cristo.

preciosa sangre por todos sus miembros²⁵. No derramó ni una gota por Él mismo, toda [fue] por nosotros: por sus enemigos, perseguidores, verdugos, nosotros mismos.

Pero, ¿qué sucederá con nosotros si todo esto no logra mortificarnos? ¿Cómo viviremos con Cristo, si no hemos muerto con Cristo? (Ro. 6:8) —muertos al pecado, pero viviendo para la justicia—. Así como Eliseo revivió al hijo de la sunamita: “Se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor” (2 R. 4:34). De igual manera, el Señor Jesús se tiende sobre nosotros y nos aplica toda su pasión, pone su boca de bendición sobre nuestra boca de blasfemias; sus ojos de santidad sobre nuestros ojos de lascivia; sus manos misericordiosas sobre nuestras manos crueles; se tiende con su gracia sobre nosotros, seres miserables, hasta que empezamos a entrar en calor, a tener vida y dentro de nosotros [entra] el Espíritu Santo. Y todo esto para darnos vida a nosotros que estábamos muertos en nuestros delitos y pecados.

5. En su *alma*. Todo esto no fue más que la manifestación *externa* de su pasión. “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora” (Jn. 12:27). El dolor del cuerpo no es más que el cuerpo del dolor; más el alma misma del dolor es el dolor del alma. Todas las aflicciones exteriores eran apenas rasguños en comparación con lo que sufrió su alma. “El ánimo del hombre soportará su enfermedad; mas ¿quién soportará al ánimo angustiado?” (Pr. 18:14). Tenía en su interior un corazón que sufrió una angustia invisible, desconocida. Este dolor fue el que motivó su gran clamor y sus amargas lágrimas (He. 5:7). Con frecuencia, había lanzado clamores de compasión [pero] no hasta ahora los de pasión y lamento. Había derramado lágrimas de compasión, lágrimas de amor, pero nunca, lágrimas de angustia. Cuando el Hijo de Dios así clama, así gime, es más que por el sufrimiento de su cuerpo: su alma agoniza.

Y todo esto [fue] por nosotros. ¡Su alma tomó el lugar de nuestra alma! ¿Qué hubiéramos sentido nosotros si hubiéramos estado en su lugar? Todo [fue] por nosotros para pagar el precio de nuestro pecado, para satisfacer la demanda del Dios justo y perfecto. Por tu embriaguez y porque engulles bebidas fuertes, bebió Él aquel vinagre. Por tu glotonería incontrolada, Él ayunó. Por tu indolencia, se ejercitó Él con dolores continuos. Tú duermes seguro, tu Salvador anda, vigila, ora. Tus brazos están acostumbrados a abrazos lascivos; Él abraza la cruenta cruz. Tú te

²⁵ **Miembros** – Es decir, todos los miembros de su Cuerpo, la Iglesia.

vistes con ropa lujosa, Él con humildad y modestia. Tú andas en carruaje pomposo, Él anda a pie. Tú te revuelcas sobre tu colchón de pluma, tu Salvador ni siquiera tiene una almohada. Tú, de tanto comer, te llenas y te hinchas de maldad. Sufres una leve herida en la cabeza y te angustias, el Salvador sangra hasta morir. Juzguemos si acaso este punto (por lo que nos toca), no ha derivado una íntima aplicación de este texto a nuestras propias conciencias. Porque Cristo hizo todo esto por ti y por mí, oremos con Agustín: “Señor Dios mío, haz que mi corazón te desee y te busque deseándote, te encuentre buscándote, te ame encontrándote y, amándote, sea redimido de mis males y no recaiga en los pecados perdonados”.

Hay dos partes principales de este crucifijo que todavía nos falta comentar.

VI. LA MANERA: Lo siguiente es la *manera*: Una ofrenda y sacrificio. Su vida entera fue una ofrenda. Su muerte un sacrificio. Se dio con frecuencia por nosotros como una oblación eucarística²⁶, [pero sólo] una vez como un sacrificio expiatorio. En lo primero, hizo por nosotros todo lo que debía hacer, en lo último sufrió por nosotros para que no sufriéramos nosotros. “Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24)... Por lo tanto, “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (He. 9:26).

VII. EL EFECTO: El último punto es el *efecto* de un olor fragante. Aquí está el fruto y la eficacia de todo. Nunca estuvo complacido el Señor con el hombre pecador hasta ese momento. Nunca estuvo tan airado, aquí está la pacificación, un olor fragante... Nosotros debimos morir y Tú lo pagaste; nosotros ofendimos y Tú fuiste castigado. Una misericordia sin paralelo, un favor sin mérito, un amor sin medida. Por lo tanto, concluyo mi sermón, mientras todos nos unimos en oración concluyendo con esta cláusula: *Por medio de nuestro Señor Jesucristo*. ¡Oh Padre de misericordia, acepta nuestro sacrificio de oración y alabanza en gratitud por su sacrificio de dolor y mérito; en nombre de nuestro Señor Jesucristo! Amén.

Thomas Adams (1583-1653): Pastor y predicador anglicano



²⁶ **Oblación eucarística** – Dádiva como adoración y acción de gracias a Dios, estar en comunión. “Eucarística” del griego εὐχαριστία, *eucharistia*, que significa “acción de gracias”.

NUESTRO SUSTITUTO SUFRIENTE

C. H. Spurgeon (1834-1892)

*“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados,
el justo por los injustos” (1 Pedro 3:18).*

DIOS es justo, y un Dios justo castiga el pecado. La gran pregunta es: “¿Cómo puede Dios ser justo y, a la vez, Justificador de los impíos?” (Ver Ro. 3:26). Las religiones falsas procuran contestar esta pregunta, pero fracasan totalmente. El pobre pagano cree que ha encontrado la respuesta en sus propios sacrificios terribles. Cree que puede dar en sacrificio a “su primogénito por su rebelión, el fruto de sus entrañas por el pecado de su alma”. No es así que la justicia de Dios es vindicada, ni que su misericordia resplandece en su gloria.

Hay una teología fría, especulativa, que procura ignorar esta pregunta. Hay algunos que se burlan de la doctrina de la expiación y rechazan la idea de un sacrificio,... pero el sistema que niega la doctrina de la expiación por la sangre de Jesucristo o que le resta importancia, no puede triunfar. Sus adherentes pueden profesar que son intelectuales porque son ignorantes, pero nunca convencerán a las masas. Está estampado por Dios en la naturaleza, que todo ser humano sienta en su conciencia las ansias de obtener una respuesta a la pregunta: “¿Cómo puede el Dios justo perdonarme con justicia a mí, pecador?”. Si esa pregunta no se contesta de manera que se vea cómo Dios puede salvar y, a la vez, mantener su justicia, ningún sistema teológico puede tener éxito.

Tenemos que resistir la tendencia que parece estar en la mente de algunos, de ocultar esta verdad fundamental de la religión cristiana: La doctrina del sacrificio sustituto de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No discutamos contra esta tendencia, en cambio, destruyámosla con nuestra propia determinación personal de predicar con más fervor y más constancia “a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2). La manera más rápida de acabar con el error es proclamar la verdad. El modo más seguro de extinguir la falsedad es defender fuertemente los principios [de las Escrituras]. Reprender y protestar no es tan eficaz en hacer frente al progreso del error como lo es la proclamación clara de la verdad en Jesús.

Permítanme ahora tratar de predicar la doctrina de la sustitución, la cual es la respuesta [bíblica] a las preguntas: “¿Cómo puede la justicia

de Dios tener todo su dominio y, sin embargo, manifestar plenamente su misericordia?”. “¿Cómo puede haber una justicia completa y una misericordia completa sin que ninguna de las dos eclipse o ensombrezca a la otra?”.

LA PERSONA DEL SUSTITUTO SUFRIENTE: Contemplemos a la persona del sustituto sufriente: “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos para llevarnos a Dios”.

El Sustituto era de una naturaleza compleja. Era verdaderamente *hombre* y, a la vez, verdaderamente Dios. Cristo Jesús, quien “sufrió” en lugar del pueblo escogido de Dios, era hombre: Hombre de la sustancia de su madre, verdaderamente hombre. Compartió toda la debilidad de la humanidad y era, en todo sentido –con excepción del pecado–, tentado como lo somos nosotros. Efectivamente, fue hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne (Gn. 2:23). Era el hombre perfecto, el único en quien nunca hubo pecado. No había pecado en su naturaleza. Era “sin mancha” y “sin contaminación” (1 P. 1:19). Concebido de una manera milagrosa, no compartió, en ningún grado, esa transgresión que nos es transmitida a nosotros porque nacemos en pecado y “en maldad” somos formados (Sal. 51:5).

Cristo no recibió nada de ese pecado imputado a la raza desde Adán. Cristo nunca cayó en Adán. Era “siente de mujer”, pero no fue hecho de la costilla del hombre. Como persona individual, Cristo nunca cayó. Por naturaleza, no era, en ningún sentido, partícipe del pecado de Adán. Aunque, por su pueblo, Jesús cargó con la transgresión de Adán y lo hizo inmediatamente. Él mismo era, originalmente, sin sombra de mancha; el inmaculado, el perfecto Cordero Pascual de Dios (Jn. 1:29; 1 Co. 5:7).

La vida de Cristo Jesús Hombre, fue *sin culpa* en todo sentido. Su mirada nunca mostró una furia vil. Ni de su boca salió jamás un engaño. Su mente pura nunca imaginó un pecado. Los destellos de Satanás caían sobre Él como fuego en el océano y eran apagados para siempre. La aljaba llena de flechas de tentaciones del infierno eran lanzadas sobre Él, pero ni una flecha quedó en su carne y sangre. Se mantuvo invencible e invulnerable. No podía ser herido por la tentación. Su triunfante declaración fue: “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (Jn. 14:30). No sólo no pecó Cristo, sino que era imposible que lo hiciera. “No conoció pecado” (2 Co. 5:21). No tuvo la experiencia de pecar; era extraño al pecado. El pecado no tenía ningún trato personal con Él. No se perturbó sobre el pináculo del templo (Mt. 4). Sufriendo las humillaciones más profundas, su dolor jamás se expresó con

otra cosa que no fuera sumisión. Fue siempre puro, perfecto, sin mancha, santo, aceptable a Dios.

Los sufrimientos de Jesús tienen el poder de bendecir a otros, puesto que, para Él mismo, no eran necesarios. No tenía necesidad de sufrir como resultado de sus pecados, ni tampoco necesitó la disciplina del sufrimiento como manera de ser purgado de su maldad. No había en sí mismo, ninguna razón por la que habría de conocer el dolor ni dar un suspiro. Todos sus sufrimientos tenían que ver con su pueblo. Su objetivo al sufrir, sangrar y morir, era asegurar la salvación de sus escogidos. Nuestras almas pueden ahora confiar totalmente en Jesús, el Hombre perfecto.

Recordemos siempre también que, aunque Cristo era verdaderamente hombre, era también *verdaderamente Dios*. Tenemos que creer y siempre enseñar que la humanidad perfecta de Cristo no rebajaba su deidad perfecta. Su divinidad era pura e infinita. Era “Dios verdadero del Dios verdadero”, poseedor de todos los atributos del Jehová eterno. El que colgó de la cruz era el mismo Dios que hizo todos los mundos. El mismo Verbo que cargó nuestros pecados en su propio cuerpo en el madero fue aquel Verbo por quien fueron hechas todas las cosas y “sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1:3). No sabemos nada de una expiación humana aparte de la deidad de Cristo Jesús.

No nos atrevemos a confiar nuestra alma a un salvador que no es más que un hombre. Si todos los hombres que jamás han vivido y todos los ángeles que existen se hubieran juntado y esforzado a lo largo de la eternidad para ofrecer un sacrificio que fuera propiciación por los pecados de por lo menos un hombre, hubieran fracasado. Nada que no fueran los hombros de Dios Encarnado, pudo haber cargado la tremenda carga. Ninguna mano, más que la que estableció los mundos, podría haber sacudido las montañas de nuestra culpa y quitar los pecados de en medio. Tenemos que contar con un Sacrificio divino y ¡qué gozo saber que lo tenemos en la Persona del Señor Jesucristo!

En cuanto a los que no creen en la deidad de Jesucristo, dejemos que sigan su camino y prediquen lo que quieran... Nos ocupamos del evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y en que un alma pueda descansar por la eternidad. En cambio, ellos presentan otro evangelio, que no es otro (Gá. 1:6-7) con el cual puedan traer paz a la tierra o bendición en el mundo venidero... Jamás podemos renunciar a nuestra creencia en la divinidad y deidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, ni podemos tener comunión con aquellos que rechazan esa bendita verdad (Ef. 5:11).

Pongámonos al pie de la cruz del Calvario, contemplemos a nuestro Señor Jesús allí colgado, y recordemos que su cuerpo sangraba por el acuerdo hecho con la inquebrantable Deidad. Esas heridas tuyas, la sangre que fluye, su costado traspasado, sucedieron en unión con la naturaleza del Dios viviente y eterno. El mérito infinito de la Deidad fue impartido a los sufrimientos de su humanidad. Ni los pecados de ustedes ni los míos, pueden jamás exceder el mérito de la sangre preciosa de Cristo. Si nuestros pecados son tan altos como montañas, el océano de su expiación, como el diluvio de Noé, cubre aun las cimas más altas. Aquel alcanzó 20 codos de alto, por encima de las montañas más altas. Aunque nuestros pecados sean rojos como el carmesí, la sangre de Jesucristo lo es mucho más; y la una lava lo otro. Aunque nuestras iniquidades son tenebrosas y amargas, su muerte fue más amarga y tenebrosa, y la negra amargura de su muerte, ha quitado lo negro y amargo de nuestros pecados. Por tanto, “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (He. 7:25).

Pecador, ipon tus ojos en Jesucristo! Hay poder en su sangre expiatoria para lavar todos tus pecados. Nadie puede limitar la eficacia de la preciosa sangre de Cristo. Ningún pecado puede ser tan negro o abundante que su preciosa sangre no lo pueda limpiar. La sangre de Jesucristo es suficiente para lograr todo lo que Dios se ha propuesto con su sacrificio. Cristo nunca fallará en eso. Nada puede resistir la cruz. Ante la cruz de Cristo, las murallas de nuestra condenación caerán y no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada. Necesitamos más confianza en la cruz de Jesucristo, un descanso más seguro sobre la Roca de nuestra salvación.

LOS SUFRIMIENTOS DEL SUSTITUTO: Contempla el sufrimiento del sustituto: “Cristo padeció una sola vez por los pecados” (1 P. 3:18). Él sufrió para redimir a todos los que creen por la fe en Él. Contéplalo en Getsemaní... Allí, transpiró Jesús por nosotros, hasta el grado en que su alma se llenó de una agonía tal, que su sangre que corría velozmente por sus venas, finalmente las saturó e hizo que se derramara. “*Su cabeza, su cabello y sus ropas lucían ensangrentadas*”. Vestía una túnica carmesí como el color de su propia sangre y así continuó luchando, con su alma agobiada y “triste hasta la muerte” (Mt. 26:38) para vencer por su pueblo y sufrir la ira de Dios por sus pecados.

Se levantó con renovadas fuerzas del lugar donde había estado clamando al Padre y marchó decidido a cumplir su misión. Fue traicionado por Judas, uno de los doce. Su amigo, en quien había confiado y con quien había compartido el pan, lo traicionó. Tú que has sido aban-

donado por tu mejor amigo cuando más los necesitabas, tú que has conocido el incumplimiento de una promesa, al amor fingido convertido en odio mortal, puedes palpar, aunque solo sea levemente, la tremenda tristeza que sintió nuestro Redentor cuando Judas Iscariote lo traicionó.

Se apresuraron a llevarlo ante Anás, Caifás, Pilato, Herodes e, inmediatamente, de nuevo ante Pilato. Fue acusado de sedición. ¡El Rey de Reyes un sedicioso! ¡Lo acusaron de blasfemo, como si Dios pudiera blasfemar! No pudieron encontrar testigos en su contra, excepto la escoria más baja, dispuesta a mentir, pero ni siquiera coincidiendo entre sí. Allí estaba el hombre perfecto, el Hijo de Dios, acusado de calumnia por hombres que ni eran dignos de que se les escupiera.

Condenaron al inocente; se burlaron de Él, se rieron de Él, remedaron su majestad y hostigaron su santidad. Fue entregado a la misericordia de los soldados romanos. Lo colocaron en una silla vieja remedando su trono. Acababan de darle latigazos en la espalda hasta que sus huesos expuestos semejaban acantilados en un mar de sangre. Lo coronaron con espinas. Lo vistieron con una vieja túnica purpura, se burlaron y lo ridiculizaron, como si fuera un rey impostor. Como cetro, le dieron un junco; para homenajearlo le escupieron; su beso de saludo, fue el escarnio que proferían los labios burlones de sus detractores. En lugar de postrarse delante de Él como su Rey, le vendaron los ojos y le golpearon el rostro. ¿Hubo alguna vez algún sufrimiento como el tuyo, Rey de dolores, despreciado por tus propios súbditos? Tú, que les diste el aliento, has recibido en retorno, profanidades y violencia. *¡Tú les diste vida y se gastaron esa vida burlándose de ti!*

Jesús es llevado al Calvario. Es clavado en la cruz por manos crueles y malvadas. La chusma grosera se burla de sus sufrimientos. Su alma sufre una agonía imposible de imaginar. Desde lo Alto, llegan las olas crecientes de la ira del Todopoderoso contra nuestros pecados, que cubren su alma. Escucha con atención, ese grito espantoso y desgarrador. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Parece ser la suma de todo su dolor, tristeza y sufrimiento en una sola expresión. Como un lago enorme que recibe el torrente de muchos ríos y lo guarda en su lecho, de manera semejante, aquella frase parece expresar todas sus aflicciones: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”.

¡Finalmente, inclina su cabeza y entrega su espíritu! En un tremendo trago de amor, el Señor ha cancelado la destrucción para todo su pueblo. Ha “sufrido” todo lo que ellos debieron haber sufrido. Ha

entregado el pago completo por sus pecados a la justicia de Dios. Ha realizado por ellos una expiación total...

Creyente, ¡qué gozo es pensar que tan perfecta expiación fue lograda para ti! Si hubo un pecado por el cual Cristo no sufriera en la cruz o un solo pensamiento de uno de los suyos que no llevara, no podríamos ser salvos, pero Él ha pagado por todas las transgresiones de su pueblo; ha puesto fin a todos sus pecados. Él ha obedecido cada pequeño detalle de la Ley de Dios, al igual que las grandes exigencias de la misma; la ha magnificado y la ha hecho honorable. Ha llegado “el fin de la ley [que] es Cristo” (Ro. 10:4), no a medias, sino cabalmente; no cerca de su límite, sino hasta el final. No simplemente probó la copa de ira, ni probó una porción del trago amargo, sino que la bebió hasta la última gota. Antes de morir, puso la copa de la ira boca bajo porque ya había bebido todo su contenido. Y cuando vio que no quedaba ni una sola gota, exclamó con un gran grito de victoria: “¡Consumado es!” (Jn. 19:30). Había bebido todo el contenido de la copa amarga. ¡Gloriémonos en esto, pueblo viviente del Cristo viviente! Él ha ofrecido por ti, un sacrificio completo aceptable a su Padre. Gloriémonos en esto, pueblo escogido del Dios viviente, que “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

EL RESULTADO DE LA SUSTITUCIÓN: Regocijémonos por el resultado de la sustitución: Los sufrimientos han acabado, la deuda ha sido pagada. La justicia ha sido satisfecha; la Ley fue magnificada; la justicia es establecida. Por todos los pecados de todo su pueblo, Cristo ha hecho expiación completa; y para su justificación, ha resucitado de los muertos (Ro. 4:25).

Ahora, pobre buscador tembloroso, ¿qué respondes a esto? ¿Descansas ahora en Cristo? Dios está satisfecho con el sacrificio expiatorio de su Hijo; ¿puedes tú no estarlo también? Dios cree que Jesús es suficiente; ¿puedes tú pensar que Él es demasiado poco? ¿Si el Señor, el Rey, contra quien has cometido la ofensa, aceptó la reconciliación; dirás tú con incredulidad y desconfianza “me temo que no es suficiente”? Te ruego que dejes a un lado tu sentido de culpa.

Debes ser salvo por fe en Cristo, quien “padeció una sola vez por los pecados” (1 P. 3:18) y sólo en Cristo. No procures crear un salvador conforme a tus propios sentimientos. No pienses que debes experimentar esto o aquello antes de acudir a Jesús. Cristo no requiere de ti ninguna preparación. La salvación consiste, simplemente, en entregarte a Cristo. Entrégate de rodillas ante Él y, de una vez por todas, acaba con tu viejo y miserable ser. No dependas de nada que puedas hacer, pensar, decir o conocer por ti mismo; descansa en Cristo, únicamente, y

iserás salvo! Sé quién puedes ser y lo que puedes ser. Aunque seas el peor pecador salido del infierno y tu alma la más negra, si confías en Cristo quien “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos”, serás salvo.

Pecador tembloroso, mira a Jesús y serás salvo. ¿Acaso dices, “mis pecados son muchos”? Su expiación es extraordinaria. ¿Acaso clamas, “mi corazón es duro”? Jesús lo puede ablandar. ¿Acaso exclamas, “soy indigno”? Jesús ama al indigno. ¿Acaso sientes, “soy muy vil”? Es al vil a quien Jesús vino a salvar. Niégate a ti mismo, quebranta tu ser y que florezca Cristo, quien ha sufrido por tus pecados sobre la cruz del Calvario. Levanta tu vista y mira únicamente a Jesús. Él sufre. Él sangra. Él muere. Él es sepultado. Él resucita de los muertos. Él asciende a lo Alto. Confía en Él y serás salvo. Entrega todas las cosas en las que confías y depende solamente de Cristo, y pasarás de muerte a vida. La señal segura, la evidencia certera de que el Espíritu habita en ti, de la elección del Padre, de la redención del Hijo, es cuando, humilde y totalmente, descansas y confías en Jesucristo, quien “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

Quiera el Espíritu Santo bendecir estas palabras para que consuelen a muchos corazones, para la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Tomado de Sermones tempranos olvidados de C. H. Spurgeon: Veintiocho sermones compilados de La espada y la llana (*C.H. Spurgeon's Forgotten Early Sermons: Twenty-Eight Sermons Compiled from The Sword and the Trowel*), ed. por Terence Peter Crosby. (Leominster: Day One, 2010), 77-81.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente pastor bautista inglés. Nacido en Kelvedon, Essex.

